

#58 / 2025 FEBRERO

artelka

**ALEMANIA
EN CRISIS**

GEDAR

Las condiciones para reabrir un proceso internacional de revolución socialista, hoy presentes en Europa, tendrían que buscarse en otra parte, si la crisis europea no fuera ya una realidad, y no fuera una crisis política, de sujeto, de cohesión social. La nueva ola de autoritarismo, con Trump a la cabeza y la extrema derecha a sus órdenes, viene a hacer frente a esta situación, creando una situación de tensión bélica que se manifiesta en una guerra civil latente en el continente europeo. El proletariado ha de prepararse para hacerles frente

Contenido

6

10

30

40

44

56

EDITORIAL

Arteka

La crisis europea

**REPORTAJE
HISTÓRICO**

Pablo Ruiz

**Zeitenwende: auge
y caída del milagro
económico alemán**

COLABORACIÓN

Mikel Bartolome

**La crisis alemana
en contexto**

OPINIÓN

Pablo Ruiz

¿Y ahora qué?

COLABORACIÓN

Eneko Carrión

**Zeitenwende:
atado en corto**

COLABORACIÓN

Lander Lejarza

**Cierres industriales y
sindicalismo**

La crisis europea

Editorial

Hace unos días supimos del inicio de un proceso de negociación que tiene por objetivo poner fin a la guerra de Ucrania. En él participan Rusia y Estados Unidos. Las alarmas europeas no tardaron en sonar. Los ucranianos protestaron. ¿Cómo era posible iniciar un proceso de negociación, dejando fuera a uno de los principales actores del conflicto, la Unión Europea y al país que alberga la guerra y le da nombre?

Han pasado a penas tres meses desde que Trump ganó las elecciones estadounidenses, con un objetivo ya conocido: hacer grande a Estados Unidos. Ese objetivo, si bien tiene un fundamento económico, es principalmente una cuestión política: se trata de recuperar la iniciativa y el liderazgo, de restituir el poder autoritario del Capital sobre el proletariado a nivel mundial, de reinstaurar la dictadura de la burguesía, adaptada a los tiempos de crisis, de decadencia y de una guerra civil latente, en el mundo entero y, específicamente, en la vieja Europa, que se encuentra en estado de descomposición avanzada.

Muy probablemente, las medidas desesperadas del Capital por subsistir no solo serán impotentes ante la crisis mundial que avanza, sino que además profundizarán y agravarán esa crisis, en dirección a la guerra y la destrucción total, o cuanto menos a un conflicto civil que durará décadas, en un estado de barbarie continuo, que ya se está dibujando: guerra al inmigrante, nacionalismos de extrema derecha, destrucción de derechos conquistados, criminalización del proletariado y la miseria, bandas organizadas a nivel de calle para defender los derechos de propiedad capitalistas... y todo ello con el conocido discurso en contra del capital financiero, que representaría la putrefacción de un sistema económico y una sociedad que, si no fuera por el maquiavélico plan conspiranoico diseñado en los despachos de un grupo de banqueros, navegaría sin mayores complicaciones.

En una situación tal, el Capital requiere de su gran timonel, de la figura del dictador omnipotente, que inspire confianza y no tenga miedo a la adversidad, a destruir convenciones ampliamente aceptadas y oficializadas en documentos que se declaran cartas esenciales de los derechos humanos, inalienables e inquebrantables.

Hemos visto a Trump abolir decretos que refieren a derechos universales el mismo día de su proclamación como presidente, reclamar países enteros, reclamar territorios pertenecientes a otros países, declarar a España como país de los BRICS y, finalmente, iniciar las conversaciones para el fin de la guerra de Ucrania, sin su mayor socio, la Unión Europea. Habrá quien lo considere un loco, quien crea que los aranceles y el proteccionismo son medidas económicas desesperadas que no podrán revertir la situación de los EEUU. Y lo más seguro es que así sea, y Trump lo sabe. Sin embargo, el autoritarismo político y la firmeza en el liderazgo son una potencia económica de primer orden. Por ello, reestablecer la dominación política es el primer objetivo del Capital en la actualidad, así como lo fue en los años previos al inicio de la II Guerra Mundial, de tal manera que cree un nuevo clima de tensión que permita subordinar de manera más eficiente a la clase obrera a las necesidades objetivas del Capital

Se trata de recuperar la iniciativa y el liderazgo, de restituir el poder autoritario del Capital sobre el proletariado a nivel mundial, de reinstaurar la dictadura de la burguesía, adaptada a los tiempos de crisis, de decadencia y de una guerra civil latente, en el mundo entero y, específicamente, en la vieja Europa, que se encuentra en estado de descomposición avanzada

El saludo nazi de Elon Musk evoca a esa situación. Su comparecencia en el mitin de la AfD alemana, el apoyo del gobierno de Trump a la extrema derecha, está sostenido sobre la necesidad de reestablecer el férreo liderazgo que hoy Alemania, y con ella toda Europa, han perdido. En otras palabras, hoy el Capital sabe que la vía para su subsistencia es el autoritarismo, la dictadura y la restitución del nazismo, que nunca se fue de las estructuras de poder, de la OTAN, pero que hoy en día se encuentra en crisis de identidad, por tratar de ocultar su propia esencia. En definitiva, la vía del Capital es presentarse como lo que verdaderamente es, una dictadura autoritaria contra la clase obrera de todo el planeta.

Dejar fuera a la Unión Europea de las negociaciones en torno a la guerra de Ucrania es el toque de corneta de la avanzada autoritaria yanqui. Si se va a reinstaurar la OTAN, lo será bajo el renovado dominio estadounidense, instaurado también en Europa, mediante sus gobiernos títeres de extrema derecha, que hoy como ayer, se plegarán a los intereses del Capital y a su mano de hierro, por mucho que se presenten como opuestos al mismo.

La crisis que asola Europa no es sólo una crisis económica extendida desde Alemania. Si bien ese es el fundamento último de la extinción de la subjetividad política dominante, en cierta manera, y en contra de toda convención economicista, nuestro esfuerzo tendría que encaminarse a comprender la crisis política, la crisis de liderazgo, como la verdadera causante de la crisis económica europea. No porque este sea un fundamento científicamente comprobable —de hecho, aparentemente podría confrontar contra la tradición marxista, aunque realmente no sea así—, sino que porque la especulación y experimentación política en la que se halla inmerso el capital, incluso la historia de las dictaduras y del ascenso del nazismo, nos muestran que la subjetividad política del Capital, su impulso autoritario, belicista e imperialista, es lo último que se agota, persiste incluso sobre la vida de millones de personas, entre los escombros y los cadáveres amontonados, incluso cuando todo está perdido, cuando no hay salida alguna para la crisis económica en la que se encuentra inmerso.

El Capital requiere de su gran timonel, de la figura del dictador omnipotente, que inspire confianza y no tenga miedo a la adversidad, a destruir convenciones ampliamente aceptadas y oficializadas en documentos que se declaran cartas esenciales de los derechos humanos, inalienables e inquebrantables

Dejar fuera a la Unión Europea de las negociaciones en torno a la guerra de Ucrania es el toque de corneta de la avanzada autoritaria yanki. Si se va a reinstaurar la OTAN, lo será bajo el renovado dominio estadounidense, instaurado también en Europa, mediante sus gobiernos títeres de extrema derecha, que hoy como ayer, se plegarán a los intereses del Capital y a su mano de hierro, por mucho que se presenten como opuestos al mismo

Si bien la crisis económica es el leitmotiv de la renovación de la autoridad política de la burguesía, su impulso hacia el autoritarismo y la dictadura, el autoritarismo aparece, en cambio, no como un simple subordinado, sino que como la fuerza principal que puede superar la crisis económica. Y esto es importante porque, en términos abstractos, la crisis del Capital consiste en la incapacidad de producir suficiente plusvalor para relanzar la producción. Sin embargo, en términos concretos, la ganancia es un elemento en disputa por parte de bloques de poder políticos, de imperialistas, y el capitalismo se concibe a sí mismo en crisis en la medida en que pierde el liderazgo, esto es, la capacidad de actuar políticamente para apoderarse de una porción mayor de ganancia por parte de los países imperialistas dominantes. Cuando hablamos de la crisis europea, es necesario tomar en cuenta esa consideración, pues Europa reacciona de manera autoritaria, la extrema derecha crece, en la medida en que comprende esa crisis no en términos absolutos –la burguesía es incapaz de comprenderla en esos términos, pues supondría su disolución–, como crisis de acumulación, sino que, en términos relativos, como pérdida de capacidad de dominar a los países pobres, o de imponer unas reglas comunes a los países miembros.

De lo contrario, la crisis europea no sería una categoría válida como forma de manifestación concreta y específica de la crisis del Capital a escala europea. Asimismo, las condiciones para reabrir un proceso internacional de revolución socialista, hoy presentes en Europa, tendrían que buscarse en otra parte, si la crisis europea no fuera ya una realidad, y no fuera una crisis política, de sujeto, de cohesión social. La nueva ola de autoritarismo, con Trump a la cabeza y la extrema derecha a sus órdenes, viene a hacer frente a esta situación, creando una situación de tensión bélica que se manifiesta en una guerra civil latente en el continente europeo. El proletariado ha de prepararse para hacerles frente. ●

HISTORIA
REPORTAJE

Zeitenwende: auge y caída del milagro económico alemán

*

Pablo Ruiz





Olaf Scholz utilizó la palabra *Zeitenwende* hasta cinco veces durante su discurso del 27 de febrero de 2022 ante el Bundestag. Tras casi tres días de preparación, el viejo halcón socialdemócrata se dirigió ante la nación y denunció con vehemencia y determinación la invasión rusa de Ucrania. Scholz prometió un verdadero *Zeitenwende*, un cambio de época en el que Alemania abandonaba el eje Berlín-Moscú y juraba lealtad incondicional a Washington y Bruselas. Por raro que pueda parecerles a aquellos que ven en rusos y occidentales buenos y malos, malos y buenos, las relaciones entre estos han sido más que estrechas hasta hace relativamente poco. Incluso en el caso de Estados Unidos. Pero especialmente en el de Alemania. La relación ruso-occidental es uno de los ejemplos más palmarios del oportunismo que reina en el mundo de la geopolítica.

En el mercado mundial, las relaciones de amistad son tan fuertes como los intereses económicos que las sostienen. La idea de que la geopolítica es el terreno en el que los intereses netamente políticos de los Estados, sea cual fuere su escala geográfica, se dirimen de forma autónoma no es más que otra de las formas fetichistas de abordar la realidad que tiene la conciencia capitalista. La realidad es que no hay mayor fraude para el análisis internacional que escindir economía y política. La preponderancia de los intereses económicos sobre los políticos a la hora de estructurar la realidad es una de las piedras angulares del método marxista y la concepción materialista de la historia. Si en el terreno de la política internacional gobierna el oportunismo es precisamente por esto. Los conflictos internacionales entre potencias, así como las alianzas y asociaciones, se explican por los intereses económicos de las oligarquías a las que representan. Desde este punto de vista, en ausencia de Estados socialistas, la idea de bloques antiimperialistas no tiene sentido. En lo esencial, todas las potencias económicas son igualmente capitalistas. La divergencia en la forma en la que se manifiesta esta esencia capitalista está mediada por aspectos culturales, religiosos, demográficos, climáticos, orográficos e históricos que, claro está, sólo considerados en conjunto hacen inteligible la inserción en la división internacional del trabajo de cada potencia.

Pero lo fundamental es entender que lo que guía la acción de las potencias capitalistas es la promoción de los procesos nacionales de acumulación, lo que se traduce en el interés económico de los grupos oligárquicos a los que representan y nada más. La justicia, la fraternidad y el progreso que podemos encontrar en este mundo son obra y consecuencia, por lo general, de la acción política revolucionaria de los trabajadores. El oportunismo es, por lo tanto, la forma natural en la que se relacionan las potencias capitalistas. Es vital tener esta idea presente porque todo lo que depende de los intereses económicos de la burguesía es tan frágil como la lealtad de Bruto a Julio César. Para la oligarquía, sea de la nación que sea, el amigo de hoy puede ser el enemigo de mañana.

Alemania se fraguó bajo el mandato del temeroso y temible Bismarck y su lucha contra el socialismo. Las trincheras y el ruido del Mauser 98 la sepultaron durante la Gran Guerra y la revolución. Sus clases propietarias se lanzaron a los brazos de la barbarie nazi. Resurgió dividida de las cenizas y se unificó tras la caída del muro. Desde entonces, el llamado *milagro económico alemán* pareció prometer estabilidad a un pueblo arrasado por la historia, pero hoy atendemos a un nuevo *Zeitenwende*. Aunque no exactamente en el sentido de Scholz.



Olaf Scholz, miembro del SDF y canciller de Alemania entre los años 2021 y 2025.

Los conflictos internacionales entre potencias, así como las alianzas y asociaciones, se explican por los intereses económicos de las oligarquías a las que representan. Desde este punto de vista, en ausencia de Estados socialistas, la idea de bloques antiimperialistas no tiene sentido



La contradicción entre los intereses económicos de la oligarquía alemana y las alianzas políticas (UE, OTAN) de las que se beneficia el Estado alemán constituye el gran reto de época que atraviesa el gigante industrial

En tanto que potencia capitalista, el oportunismo es el elemento clave para entender la historia reciente de Alemania. Comenzando por el propio canciller Scholz, quien abandonó rápidamente la solemnidad del discurso pro-atlantista del 27 de febrero, en el que habló de un momento de aparente trascendencia histórica, un *Zeitenwende*, que fijaba a Alemania como baluarte de la civilización, los valores y los intereses occidentales. Tan sólo un año después, Alemania fue el único país de la Unión Europea que votó contra la aplicación de aranceles a la oligarquía china.

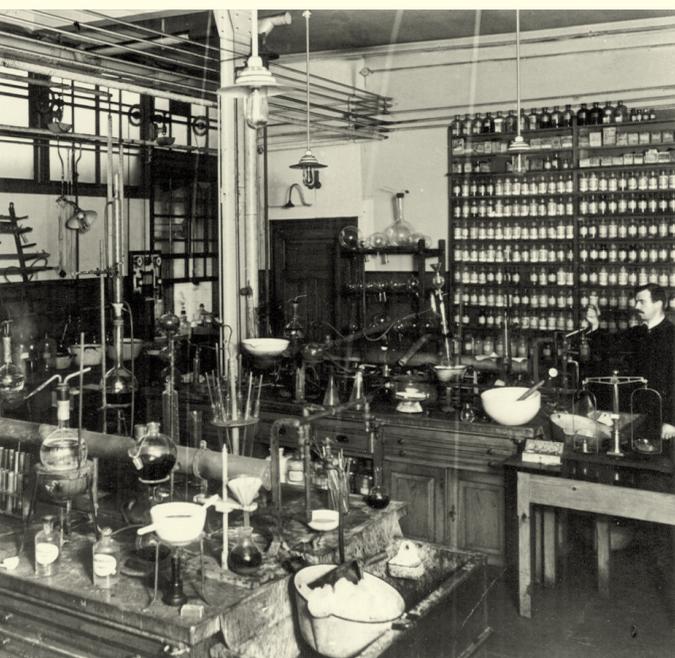




Un *Zeitenwende* de corta duración que se entiende rápidamente al ver las cuentas de resultados de la automovilísticas alemanas. Volkswagen es el principal empleador europeo en China y vende más de un tercio de su producción en el país, por lo que la relación diplomática chino-alemana es probablemente la ventaja competitiva más importante del grupo. Además, los aranceles provocan que sus exportaciones desde China se encarezcan, como ejemplifica la venta a pérdidas que van a tener que asumir de su nuevo SUV eléctrico *Tavascan*. La situación para BMW o Mercedes, en mayor o menor intensidad y con algunos matices diferentes, es esencialmente la misma. El mercado más importante para los productores alemanes es China, no Alemania. China es territorio de ventas, espacio de producción y proveedor de tecnología. Por eso, Olaf Scholz, que lidera la fracción pro-China del SPD, es y ha sido un gobernante tan útil para la oligarquía alemana, que lo bendijo desde los tiempos de la alcaldía de Hamburgo y lo promocionó hasta la cancillería.

De hecho, acompañado por los oligarcas industriales más importantes de la región, Shangai y Pekín fueron de las primerísimas visitas de Scholz tras la victoria en Hamburgo en 2011. La intensa relación sino-alemana ha obligado a Scholz a maniobrar como oportunista profesional y equilibrar la posición de una Alemania políticamente occidental, pero productivamente oriental. He ahí el verdadero *Zeitenwende*: el capitalismo alemán se está topando con sus propios límites internos, que no son sino los límites de la globalización neoliberal. La contradicción entre los intereses económicos de la oligarquía alemana y las alianzas políticas (UE, OTAN) de las que se beneficia el Estado alemán constituye el gran reto de época que atraviesa el gigante industrial.

Pero Scholz, en realidad, sólo es un engranaje más en la dinámica oportunista que marca el ritmo de la Alemania contemporánea. Nuestra tarea en este artículo es desvelar cómo el llamado *milagro económico alemán* combina un modelo industrial que se agota por la competencia económica internacional con un oportunismo político que salta por los aires tras la invasión rusa de Ucrania.



EL MILAGRO ECONÓMICO ALEMÁN

El *milagro económico alemán* tiene su origen en la Alemania de posguerra, especialmente en el capitalismo ordoliberal que toma forma política en la República Federal de Alemania bajo el mando de Adenauer. En un contexto de ocupación extranjera y decadencia en Alemania, los franceses Monnet y Schuman lideraban el incipiente proceso de integración europea. La CECA sirvió para que ambas oligarquías, que constituían las principales fuerzas económicas del continente, firmaran la *pax económica* en el sector siderúrgico, donde Alemania era claramente más competitiva y que guardaba una estrecha relación con las posibilidades de remilitarización autónoma de los germanos. A cambio, una Alemania Occidental destrozada por la guerra y, recordemos, con el comunismo organizado al otro lado de la frontera, accedía a un mercado estable, cooperativo y perfectamente inundable de productos *made in Germany*. El proceso de integración europeo aparece para Alemania Occidental como salvaguarda económica (junto al Plan Mashall, del cual fue el principal beneficiario) y político-militar, pues profundizaba en el proceso de reconocimiento internacional de la RFA frente a la RDA y le aproximaba a la “normalidad otanista” a la que aspiraba Adenauer –prerrequisito para lograr la desmilitarización extranjera del país, dicho sea de paso–.

A pesar de que el nazismo supuso una fuga científica sin precedentes en la historia de Alemania, los sectores de la mecánica y la química, altamente promocionados por el régimen por razones evidentes, experimentaron un fuerte crecimiento. La oligarquía organizada en torno a BASF, Bayer o Hoechst colaboró estrechamente con los campeones del modelo industrial alemán como Mercedes, BMW o Volkswagen. Este último fue el productor automovilístico de referencia en la Alemania nazi. El peso y el poder de Volkswagen era tal en Alemania que producía hasta en territorio de la RDA. Poco a poco, Alemania Occidental fue encontrando un espacio en el mercado mundial, se convirtió en la potencia industrial líder en varios sectores, experimentó las tasas de crecimiento más altas de la historia germana y consolidó un modelo exportador exitoso.

Supondría un acto de revisionismo histórico desvincular el *milagro económico alemán* del retroceso político que implica el constitucionalismo liberal de posguerra, la integración de los cuadros nazis en el Estado alemán occidental o la ilegalización del comunismo. Recordemos que la falacia de que los excesos democráticos de la época de Weimar habían permitido el ascenso de Hitler al poder sirvió para justificar la creación de un marco constitucional *menos* democrático que la República de Weimar, entregando amplios poderes al ejecutivo y la judicatura en detrimento del parlamento, e instituyendo un modelo liberal militante donde la expresión y defensa públicas de ideas contrarias al régimen liberal-parlamentario burgués quedaba proscrito de facto. La clase capitalista alemana siempre combinó un discurso oportunista sobre la libertad con un ferviente anti-comunismo. Pero este, el del autoritarismo del Estado, es un tema que no abordaremos aquí.

Ludwig Erhard fue ministro de economía de Adenauer hasta 1963, cuando se convirtió en canciller y siguió con la línea ordoliberal que promovía la CDU. El ordoliberalismo se asentó como ideología oficial de la clase dominante alemana y, por lo tanto, posteriormente en una de las corrientes de pensamiento más influyentes en el diseño institucional de la Unión Europea. El ordoliberalismo combina una defensa incuestionable del libre mercado con un fuerte marco legal que protege políticamente los derechos de la burguesía –o lo que se conoce como *constitucionalismo económico*–. Orientado hacia la competencia y la competitividad industrial, el ordoliberalismo mostraba diferencias respecto al liberalismo austriaco que inspiraron en los 70 y 80 los gobiernos de Reagan o Thatcher, de corte neoliberal y aniquiladores del marco redistributivo de posguerra. Este no es el caso del ordoliberalismo que, de hecho, fue compatible con la integración político-económica de amplias capas de la clase trabajadora durante la posguerra.



Supondría un acto de revisionismo histórico desvincular el milagro económico alemán del retroceso político que implica el constitucionalismo liberal de posguerra, la integración de los cuadros nazis en el Estado alemán occidental o la ilegalización del comunismo



REPORTAJE



Levantamiento obrero de 1953, Berlín.



Willy Brandt, junto al presidente estadounidense John F. Kennedy, en la Casa Blanca, 13 de marzo de 1961.

En relación con esto, la administración Erhard se vio obligada a conceder al movimiento obrero alemán una serie de derechos laborales que sentarían las bases del actual modelo sindical germano. El derecho de cogestión, que intercambiaba poder sindical corporativista por sometimiento a la forma política del Estado burgués, obligaba a que las empresas a partir de cierto tamaño tuvieran que aceptar representación sindical en los consejos de supervisión, con capacidad para contratar y despedir a los directores ejecutivos. El caso de Volkswagen es paradigmático. Las dos principales familias con poder en el consejo son los Porsche y los Piëch, descendientes de Ferdinand Porsche y su yerno Anton Piëch, quienes construyeron las plantas de Volkswagen para el régimen nazi. El vicepresidente del consejo es Jörg Hofmann, presidente del sindicato IG Metall, que comparte con la presidenta del Comité de Empresa, Daniela Carvallo, un asiento en el comité ejecutivo de la empresa. El Estado de Baja Sajonia también está representado en el comité de supervisión, así como el Emirato de Catar, que posee un 17%. A pesar de que a nivel global el neoliberalismo apostó por suprimir el modelo de gobernanza keynesiano, la orientación específicamente ordoliberal del capitalismo alemán sigue encontrando en la integración de Estado, capital y burocracia sindical un resorte para sostener el poder de la oligarquía industrial. El oportunismo de las centrales sindicales del régimen es también un elemento clave del modelo que sustentó el *milagro económico alemán*.

La contrapartida macroeconómica de este sistema de gobernanza interclasista era una política fiscal y monetaria orientadas a la “estabilidad y el crecimiento”, que marcarían posteriormente el rumbo de la Unión Europea. La Ley del Bundesbank de 1957 concedió independencia al banco central alemán e instauró el mandato de perseguir la estabilidad de precios a expensas de cualquier otro objetivo, dando forma al marco de gobernanza que asumiría Europa bajo el gobierno del Banco Central Europeo.

Otro de los elementos fundamentales para entender la dimensión oportunista del *milagro económico alemán* fue la política exterior de la RFA. La política hacia el este, u *Ostpolitik*, fue la política de acercamiento de la RFA hacia el Bloque del Este. Comúnmente se le atribuye al presidente Willy Brandt, que gobernó entre 1969 y 1974. A Brandt se le conoce como el padre de la *Ostpolitik*, que culminaría con la reunificación alemana y sentaría las bases para el problema de dependencia gasística de Rusia que abordaremos más tarde. Pero lo cierto es que la historia de colaboración con la esfera de influencia rusa se remonta a los mismos inicios de la república.

Ya en 1955, el canciller conservador Adenauer recibió en Bonn a Kruschchev con el objetivo de normalizar las relaciones diplomáticas entre la RFA y la Unión Soviética. El grado de oportunismo fue tal que el gobierno de Adenauer se saltó por completo la misma *doctrina Hallstein* que había asumido su administración por la cual la RFA se negaba categóricamente a establecer relaciones diplomáticas con aquellos Estados que reconocieran a la RDA. La URSS era la única excepción. La razón a estas alturas es más que evidente. La relación comercial entre la RFA y la URSS anulaba cualquier idea de un verdadero antagonismo político entre soviéticos y occidentales. Tras los acuerdos de Adenauer, el comercio bilateral entró en pleno auge. Los ingentes recursos petrolíferos y gasísticos de los soviéticos sólo eran económicamente aprovechables si la oligarquía industrial alemana les vendía las tuberías de gran diámetro fabricadas en la RFA. Así nació el oleoducto más grande del mundo, *Druzha* (amistad en ruso), que cimentaba la conexión entre Moscú y el resto de Europa.

El gas ruso empezó a inundar la industria y los hogares alemanes en 1973, tanto los de la RFA como los de la RDA. Al mismo tiempo y sin ningún tipo de preferencia entre occidentales y comunistas

La administración Kennedy consiguió imponer un embargo a las exportaciones de tuberías a la URSS en 1964. Pero, en 1969, Willy Brandt reabrió los acuerdos comerciales con el Este y en 1970 la URSS firmó un acuerdo histórico con la RFA que conectaría el gasoducto ruso *Soyuz* con el Estado de Baviera a través de la República Checa. El gas ruso empezó a inundar la industria y los hogares alemanes en 1973, tanto los de la RFA como los de la RDA. Al mismo tiempo y sin ningún tipo de preferencia entre occidentales y comunistas.

Es importante pararse a examinar este suceso histórico no solo porque constituyera el inicio de una relación vital para el *milagro económico alemán*, sino también porque, por un lado, desgasta la lectura tan extendida como simplista que adjudica a los EEUU el papel de director y controlador de todo lo que sucede en el bloque de poder occidental y, por otro lado, ilustra a la perfección cómo el oportunismo gobierna las relaciones internacionales. Los malvados estalinistas y los halcones imperialistas se transforman rápidamente en aliados y amigos en cuanto el interés económico prima sobre los principios políticos.

Paradojas de la historia, Willy Brandt, quien más esfuerzos hizo por orientar a la RFA hacia el Este, sentó las bases de la fracción prosoviética del SPD y dio los primeros pasos hacia la reunificación, tuvo que dimitir por culpa de la Stasi. Tras una intensa sucesión de dirigentes desatada tras el descontrol que supuso la sublevación obrera de 1953 en la RDA, la Stasi dio en la tecla con el nombramiento de Mielke. En colaboración con su jefe de servicios exteriores Markus Wolf, Mielke fue capaz de infiltrar agentes en el cuartel general de la OTAN, de donde obtuvo material durante más de veinte años, e infiltró al agente Günter Gillaume en el Gobierno de la RFA, lo que provocó la dimisión de Willy Brandt.

Helmut Schmidt, miembro del SDF. Fué ministro de Defensa en 1969 y ministro de Finanzas en 1972. En 1974 lo eligieron sucesor del canciller Willy Brandt, y en las elecciones de 1976 y 1980, fue nuevamente elegido para ocupar ese mismo cargo.





A Brandt le sucedió su ministro de defensa: Helmut Schmidt, quien gobernaría entre 1974 y 1982. Promovió intensamente junto a Francia la creación del Consejo Europeo en 1974, compuesto por los jefes de Estado que acudían a las reuniones de las tres comunidades europeas: la CECA, la CEE y la EURATOM. Impulsó la creación del hoy tan importante FEDER, que es un fondo común europeo para avanzar en la cohesión territorial. Fue uno de los fundadores del Sistema Monetario Europeo que precedería al euro y bajo su mandato se celebraron las primeras elecciones al Parlamento Europeo. Su paso por la política contribuyó al *milagro económico alemán* en la medida en el que éste se benefició del proceso de integración europeo que impulsó.

Schmidt cayó en una moción de censura que dio el poder al conservador Helmut Kohl. El desempleo, las tensiones internacionales y, en general, los efectos de la crisis auparon a un Kohl que prometió enterrar las políticas anticíclicas y abrir paso a la reforma neoliberal. Pero si por algo fue recordado Kohl es por ser el presidente de la reunificación. Una de las claves para comprender la degradación de la economía socialista de la RDA fue la crisis de 1973. A pesar de que la URSS subvencionaba una parte del precio del petróleo que exportaba a la RDA, el apoyo soviético no fue suficiente para superar los efectos perniciosos del estancamiento del mercado mundial y la república socialista quedó sumida en una espiral de deuda y dependencia que culminó en una fuerte crisis fiscal en la década de los ochenta. Los estándares de vida de la RDA empezaron a entrar en una clara contradicción con las capacidades exportadoras de la región y la competencia internacional, lo que comenzó a ser suplido con préstamos externos.



Una vez más, la libre empresa haciendo negocio con los déspotas comunistas –o la Alemania socialista pidiendo ayuda a los caciques capitalistas. ¿Es o no es el oportunismo la forma natural en la que se relacionan las potencias?

Los préstamos directos de la RFA no fueron la principal fuente de financiación, pero sí fueron clave sus garantías estatales. En 1983 el anticomunista y admirador de Pinochet Franz Josef Strauß, de la rama dura de la CDU/CSU y gobernador de Baviera, negoció con la RDA un préstamo de 1.000 millones de marcos. El préstamo fue financiado, entre otros, por el Deutsche Bank y el Dresdner Bank, para ayudar a salir a flote a la economía socialista y evitar su colapso, que no interesaba ni a los soviéticos, ni al Politburó de Honecker, pero tampoco a la clase empresarial de la RFA. Una vez más, la libre empresa haciendo negocio con los déspotas comunistas –o la Alemania socialista pidiendo ayuda a los caciques capitalistas-. ¿Es o no es el oportunismo la forma natural en la que se relacionan las potencias?

La situación se volvió definitivamente insostenible y el régimen de la RDA cayó. Kohl se convirtió en el líder de la naciente república capitalista unificada. El entonces presidente Bush negoció con Gorbachov la entrada inmediata de Alemania en la OTAN, en un momento de debilidad total de una URSS demacrada por el declive económico y cuya legitimidad institucional se encontraba totalmente lastrada. El Tratado 2+4 y los Diez Puntos presentados por Kohl dieron forma a un proceso de reunificación temido por la oligarquía británica y la francesa, que veían en el *risorgimento* alemán la amenaza de un competidor de primer nivel. Tanto Thatcher como Mitterrand se mostraron escépticos frente al proceso de unificación.

Más tarde, la desaparición del bloque soviético abrió de par en par las puertas de Alemania al Consenso de Washington, bajo cuyo paraguas ideológico el tejido industrial oriental, tras un buen empujón de dinero público, fue regalado a precios irrisorios a la oligarquía triunfante. Si bien es cierto que el régimen de la RDA constituía un espacio de limitados derechos políticos y su pueblo (como el de la RFA) sufría las consecuencias del estancamiento económico, el nuevo Estado alemán se forjó mediante el sometimiento de las clases trabajadoras orientales al poder político y económico de la oligarquía occidental, hecho que a día de hoy se sigue expresando con virulencia en la brecha de voto o la desigualdad económica entre ambas regiones. Si la palabra anexión es injusta e imprecisa, la de liberación es cruda apología liberal.

Helmut Kohl gobernó hasta 1998. Durante su mandato no sólo se constituyó la *forma política necesaria* para la consolidación del *milagro económico alemán*, a saber, el Estado unificado, sino que se establecerían los medios fundacionales para su forma más perfeccionada: la Unión Europea.

Lo que aquí más nos interesa son dos cuestiones. Por un lado, que la conformación de la Unión Europea es el reconocimiento explícito y más desarrollado de que la competencia abierta entre países europeos es disfuncional para con las necesidades de la acumulación de capital en el continente. Esta es la idea de la UE como bloque imperialista. Por otro lado, que la aplicación del *Tratado de Maastricht* fue la asunción por parte de todos los Estados miembro y de las fracciones dominantes de las oligarquías europeas de la ideología ordoliberal. Esta es la idea de la UE como proyecto anti-proletario.



El ministro de Exteriores alemán, Hans-Dietrich Genscher, brindando con el presidente de la Comisión, Jacques Delors, el 7 de febrero de 1992 en Maastricht por la firma del Tratado.



Helmut Kohl, canciller de Alemania entre los años 1982 y 1998. Dirigió el partido CDU desde 1973 a 1998.

La generalización de este marco de gobernanza fue todo un éxito para la oligarquía europea, pero especialmente para la alemana. El ordoliberalismo promueve lo que anteriormente hemos denominado como *constitucionalismo económico*, esto es, la idea de que la economía debe estar regida por normas frente a la discrecionalidad de la deliberación política. Es una forma muy sutil de limitar la ya limitada influencia de los espacios de participación política del Estado capitalista. La contención del déficit al 3% o de la deuda pública al 60% *por razones técnicas* son formas ideológicas de restringir la posibilidad de decidir sobre la política pública. Desde abajo, claro, pues cuando ha sido necesario el propio Estado alemán se ha saltado sus sagradas normas, en nuevo acto de descarado oportunismo.

La independencia del Banco Central, más que una forma ideológica o velada, es la afirmación clara y directa de que la intromisión del poder legislativo en los asuntos de política monetaria es sencillamente inasumible para la oligarquía europea. Pero las ventajas de la unión monetaria para Alemania van más allá. En julio de 2014, el FMI estimó que el tipo de cambio real de Alemania estaba “devaluado” entre un 5 y un 15%. Es una verdad asumida por todo el mundo en Frankfurt que el euro actúa como mecanismo de devaluación encubierta de las exportaciones alemanas e impide, mediante el régimen normativo ordoliberal, devaluar su moneda al resto de estados, que ahora comparten el euro como divisa común. De hecho, Alemania no logró ni un superávit por cuenta corriente en la década de los 90.

El poder político que la existencia de la UE confiere al Estado alemán sobre el resto de los estados también es una de las razones por las que Alemania impulsó el proceso de integración. Además, el disciplinamiento fiscal de los socios cubría a la economía líder frente al riesgo de tener que rescatar al resto. Recordemos que Alemania es el Estado más poblado de la UE y su motor económico, con más del 20% del PIB del bloque. A pesar de que Alemania finalmente hubo de rescatar a otras economías, esto le permitió adquirir una posición de aún más poder en el espacio privado y burocrático de decisión que es la Unión Europea.

Por todo ello, la administración Kohl fue realmente provechosa para los intereses de la oligarquía alemana. Pero si hay algo que sucede durante su mandato y que impulsaría decisivamente el *milagro económico alemán*, fue la figura de Gerhard Schröder. El político socialdemócrata pasó diez años haciendo oposición a los conservadores en Baja Sajonia, hasta que en 1990 fue capaz de ganar las elecciones contra Ernst Albrecht, padre de Von der Leyen y aliado político de Kohl.

Durante su mandato no sólo se constituyó la forma política necesaria para la consolidación del milagro económico alemán, a saber, el Estado unificado, sino que se establecerían los medios fundacionales para su forma más perfeccionada: la Unión Europea

Durante la siguiente década, un cada vez más moderado Schröder giraría hacia el *Neue Mitte*, o Nuevo Centro, inspirado por la *tercera vía* de Clinton y Blair: un aparato ideológico que adaptaba el programa de la socialdemocracia keynesiana a la gobernanza neoliberal de la época, pero sin renunciar totalmente al cariz social necesario para diferenciarse del conservadurismo. En 1998, Schröder se convirtió en el primer candidato tras la guerra en ganar unas elecciones a la CDU. Gobernó hasta el año 2005.

En lo relativo al *milagro económico alemán*, hay dos elementos particularmente destacables. A pesar de que la corrupción ya había asediado a los gobiernos de Schmidt o Kohl –y de que es básicamente consustancial a la forma de Estado capitalista–, Schröder profundizó en una forma de gobernar especialmente fraudulenta. Lo relevante del asunto no es que instalara una nueva cultura política en el Estado alemán. Podría decirse tras el largo gobierno de Merkel que tal cosa no sucedió. Lo que marca la diferencia en su forma de hacer política es el fuerte impulso que adquiere la relación oligárquica entre rusos y alemanes, tan importante para entender el *milagro económico alemán* y el *Zeitenwende* que atraviesa.

Las redes corporativas tejidas por Schröder conseguían que las mismas personas se sentaran en los consejos directivos de empresas como Ruhrgas, Volkswagen o Allianz, donde el gas ruso unía en perfecta sintonía a gasísticas, químicas, automovilísticas y financieras. El fuerte vínculo entre Rusia y Alemania llevó a Schröder a fusionar varias empresas para crear E.ON, el gran campeón nacional de la energía –proceso que sólo fue posible gracias a las puertas giratorias que colocaron a los supervisores de las normas de competencia en empresas del sector–. Más tarde, E.ON y BASF crearon junto a la empresa rusa Gazprom un consorcio empresarial de indudable éxito. Su nombre era Nord Stream AG. La *German Eastern Business Association* o el propio Steinmeier son también actores clave para entender la alianza entre Rusia y Alemania. La imputación del cliché corrupto a la RDA o, en su versión más racista, a los países del sur de Europa es sencillamente una broma de mal gusto.

Lo importante, en cualquier caso, es entender cómo el gobierno de Schröder afianza el eje Berlín-Moscú –tan provechoso para la oligarquía industrial alemana– hasta tal punto que los posteriores gobiernos de Merkel no tendrán otra opción que mantener una estrechísima relación con la oligarquía rusa.



Gerhard Schröder, canciller alemán del partido SPD durante los años 1998 y 2005.

**Más tarde, E.ON
y BASF crearon
junto a la empresa
rusa Gazprom un
consorcio empresarial
de indudable éxito.
Su nombre era
Nord Stream AG**

La segunda gran aportación de Schröder al *milagro económico alemán* fue la política laboral de los *minijobs*. Como parte de su Agenda 2010, un ambicioso paquete de reformas socioeconómicas para abaratar la mano de obra alemana -diseñado por un ejecutivo de la industria del automóvil, Peter Hartz (recordemos el mote de *Autokanzler*)-, Schröder instauró un sistema de empleos de baja remuneración con ingresos mensuales limitados a los 450 euros, exentos de pagar contribuciones completas a la seguridad social y al sistema de pensiones. Un supuesto modelo de ascensor social y corrector del desempleo que atrapó a los sectores más precarizados del proletariado alemán en una espiral de contratos basura y empobrecimiento. Schröder perdió el gobierno frente a Merkel las elecciones en 2005, se convirtió en el máximo responsable de la empresa Nord Stream AG y después en lobista del sector gasístico ruso.

Tras la llegada de Merkel, las relaciones comerciales entre Rusia y Alemania siguieron desarrollándose, a pesar de que Merkel tenía un enfoque más distanciado y escéptico que el de Steinmeier y Schröder. Como hemos visto, en el SPD había una fuerte correlación entre promover las relaciones exteriores con Rusia y trepar en la estructura interna del partido. Es más, el nexo industrial entre la oligarquía alemana y la oligarquía rusa era tan fuerte que terminó haciendo de la alianza política germano-rusa un elemento transversal a todos los partidos del orden en Alemania. Entre 2012 y 2022 el gas ruso importado pasó del 34'6% al 54'9%. Sin embargo, la anexión rusa de Crimea en 2014 comenzó a torpedear la alianza. Merkel propuso una batería de sanciones a Rusia, a las que se opusieron distintos actores de la Gran Coalición SPD-CDU/CSU y su entorno empresarial. Desde barones territoriales, tanto del SPD como de su propio partido, hasta la *German Eastern Business Association*, liderada en aquel momento por Eckhard Cordes, antiguo directivo de Mercedes. Una parte muy destacada del poder alemán se posicionó contra las sanciones.

En cualquier caso, Merkel impulsó con determinación el enfoque *business-first* de la política exterior alemana. No sólo las sanciones a Rusia se mostraron posteriormente como una pantomima, como corroboran los datos de importaciones de gas. También la inversión alemana en Rusia creció notablemente durante el periodo de sanciones. En 2013 era de 667 millones de euros, mientras que, tras la aplicación de las sanciones, por ejemplo, en 2016, fue de 1.075 millones. El discurso liberal anti-ruso de Merkel y el patriotismo anti-occidental de Putin se disolvían en el palco del Veltins-Arena, en donde la publicidad de Gazprom bañando el estadio de un equipo de la cuenca del Ruhr como el Schalke 04 ejemplificaba a la perfección el oportunismo natural de las relaciones internacionales capitalistas. La relación de amistad perduró formalmente hasta la invasión rusa de Ucrania, pero acabó definitivamente tras el sabotaje de los gasoductos Nord Stream.

Pero si en algo contribuyeron diferencialmente las administraciones Merkel es en haber fortificado la relación con otro gran protagonista del *milagro económico alemán*: China. Nos acercamos al punto de partida del artículo. Además del Estado central, casi todas las regiones alemanas tienen agencias de desarrollo que estrechan las relaciones comerciales, productivas y financieras entre Alemania y China. Lo cierto es que el mismo Gerhard Schröder había impulsado con entusiasmo en 2001 la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio, pero la década de los 10 fue, sin duda, la etapa más próspera de la alianza Berlín-Pekín.

Merkel fue una de las grandes hacedoras de las relaciones políticas entre el Partido Comunista chino y el Estado alemán. Visitó China en 12 ocasiones durante su tiempo como canciller, un número notablemente alto en comparación con otros líderes europeos. Merkel trabajó con Xi para fortalecer lazos comerciales, hasta tal punto que, durante su mandato, China se convirtió en el principal socio comercial de Alemania. Ya hemos dicho que Scholz, su sucesor en 2021, no estaba en el grupo prorruso del SPD, pero sí en el grupo pro-china, lo que marcó una línea continuista entre ambos. Los burócratas chinos trataron con enorme tacto y consideración a Scholz desde que era alcalde de Hamburgo. Veían en él, acertadamente, a un futuro canciller.

En 2007, la opinión generalizada en Alemania, expresada por el presidente del Comité Asia-Pacífico de la Industria Alemana, era que China era una oportunidad, no una amenaza. Pero en 2019 la Unión Europea declaró a China "rival sistémico". Veamos qué sucedió y qué implicaciones tiene para el *Zeitenwende* que afronta el *milagro económico alemán*.

Merkel fue una de las grandes hacedoras de las relaciones políticas entre el Partido Comunista chino y el Estado alemán



Angela Merkel, dirigente del CDU y canciller de Alemania entre los años 2005 y 2021.

Por el lado alemán, la intensa afinidad con la oligarquía china se explica por las consecuencias del enorme shock financiero que golpeó al mundo occidental entre 2008 y 2015. Fruto de la crisis de la eurozona, el valor del euro se desplomó, lo que supuso una devaluación nominal de las exportaciones y un fuerte impulso a su modelo económico. Además, en un contexto de crisis fiscal en el sur de Europa, el Estado germano se convirtió en un espacio de seguridad para los inversores y el bono alemán a diez años, el *Bund*, se consolidó como la referencia europea. Esto le permitió a China diversificar sus reservas dependientes de dólares y canalizar sus superávits financiando la deuda alemana. La política monetaria expansiva del BCE presionó a la baja los tipos –lo que impulsó aún más el crédito empresarial–, financió ampliamente al Estado alemán y salvó del colapso un sistema mercantil-financiero del que Alemania se beneficiaba enormemente. Todos los ingredientes estaban sobre la mesa: tipos de interés por los suelos, salarios competitivos, grandes superávits comerciales, un tipo de cambio devaluado y un Estado fuerte. La oligarquía alemana se encontró con un contexto idóneo para asociarse con los explotadores chinos.

Por el lado oriental, China suponía un espacio más que provechoso para reproducir a una escala mayor los dos pilares del milagro económico alemán: producir y exportar. El modelo de colaboración era el siguiente. China exigía a las empresas alemanas que compartieran el *know-how* industrial a cambio de permitir joint-ventures entre empresas alemanas y chinas. Producir y vender en uno de los espacios de consumo más amplios (y baratos) del planeta era una apuesta irrenunciable para los productores alemanes. No obstante, mientras Berlín dormía, China creaba una industria de la nada. Copió las técnicas industriales, detectó el vacío de mercado, desarrolló tecnología software, se posicionó como el gran productor de baterías y desbancó por completo a los productores alemanes. El coche eléctrico no es el coche de combustión con otras características, es otro producto tecnológicamente mucho más avanzado, con más prestaciones y, sobre todo, cuya producción es menos intensiva en mano de obra. Además, la oligarquía china invirtió en toda la cadena de suministro: desde tierras raras e imanes, pasando por el intento de acaparar el mercado mundial del litio, hasta el producto final, como hicieron antaño los alemanes con el coche de combustión.

La oligarquía china fue sentando las bases para la construcción de un modelo de exportaciones competitivo y tecnológicamente superior, mientras que la oligarquía alemana, rebosante de gas y mano de obra barata, no pudo ver más allá de la combustión. Así, Alemania ha quedado desplazada en el mercado chino de la automoción, que constituía su principal baluarte mercantil. Hoy ya no hay ni un solo coche alemán entre los diez primeros más vendidos en la república asiática. Esto se debe al avance tecnológico de China en la producción automovilística y a su ventaja competitiva en componentes de coches eléctricos, sí, pero también a factores estructurales del modelo económico chino.

En China el peso del consumo es en términos relativos muy bajo en la economía, por lo que la demanda de bienes está ampliamente influenciada por el precio. Las tasas de ahorro de los trabajadores chinos son muy altas, ya que el sistema de seguridad social no cubre muchas de las necesidades sanitarias de los trabajadores, las pensiones no suelen ser suficientes y en general el nivel salarial es bajo. Lo que posibilita principalmente que China como espacio de producción mantenga ventajas competitivas frente a otros, esto es, la miseria económica del proletariado industrial ahora supone un problema para la oligarquía alemana. En primer

La oligarquía china fue sentando las bases para la construcción de un modelo de exportaciones competitivo y tecnológicamente superior, mientras que la oligarquía alemana, rebosante de gas y mano de obra barata, no pudo ver más allá de la combustión

lugar, porque al haber avanzado tecnológicamente, ahora los productores chinos también cuentan con la misma ventaja, por lo que esta desaparece. En segundo lugar, porque China ha ocupado los segmentos más baratos del mercado de la automoción, que son los que puede permitirse masivamente una clase trabajadora condenada a salarios bajos y desprotegida por el Estado.

Por si el caso de la automoción no fuera suficiente, en términos generales la relación comercial entre ambas potencias es desfavorable para Alemania. China es el principal comprador de bienes y servicios de Alemania (192.000 millones de euros), mientras que la república federal es su cuarto destino en exportaciones (107.000 millones de euros). Además, las pymes alemanas son enormemente dependientes de China. Alemania depende en productos de uso empresarial como electrónica, tierras raras (98%), paneles solares (87%), imanes, baterías y distintos productos químicos. Pero también en bienes de consumo como portátiles (80%) o teléfonos móviles (70%). Alemania se ha ido haciendo cada vez más dependiente de China que China de Alemania. Muchísimas compañías alemanas no tienen otra alternativa que seguir unidas a China.

La invasión de Ucrania y el sabotaje de los gasoductos Nord Stream obligaron a repensar la posición de Alemania en el orden capitalista internacional. Pero las sanciones de Estados Unidos a China supusieron un desafío mayor. A pesar de que la primera administración Trump ya había impuesto sanciones contra el sector tecnológico chino, Biden recogió el relevo y sancionó duramente a Huawei y SMIC. Alemania, cuya infraestructura de conectividad es pésima, dependía enormemente de la colaboración de Huawei para implementar el 5G y otras tecnologías imprescindibles para garantizar su posición de poder global. Sin embargo, el desafío es de carácter estructural, no exclusivamente tecnológico.

Las adquisiciones de gigantes industriales como Kuka o Aixtron por parte de grupos chinos generaron recelos en Berlín ya en 2016. Las maniobras de Xi para controlar cada vez más la información de las empresas alemanas en territorio chino comenzaron a preocupar seriamente al gobierno alemán. Hasta que en 2019 fue convencido por Macron para declarar a China, como decíamos, “rival sistémico”. No obstante, tan sólo un año después, la propia Merkel organizó la cumbre UE-China de Leipzig, para ejercer un contrapeso frente a la beligerancia europeísta. El marco de tarifas y sanciones hacia China es inasumible para Alemania, por todo

La cara B, claro, de la solución oligárquica son los despidos masivos, las bajadas salariales y la asunción de que el Estado debe destinar cada vez más dinero de las arcas públicas a reposicionar a la oligarquía alemana en el mercado internacional

Pero la realidad es que, de un tiempo a esta parte, la divergencia de intereses entre norteamericanos y europeos –y sobre todo alemanes– se expresa de forma cada vez más clara

lo que venimos explicando en el artículo, es decir, por la posición de Alemania en la división internacional del trabajo. A Merkel le sucedió exactamente lo mismo que a Scholz: presa de la dependencia económica con China, se vio forzada a recular la rivalidad política mostrada por su bloque.

Alemania ha estado en recesión durante los últimos dos años. En 2023, su PIB se contrajo un 0,3%, seguido de una disminución del 0,2% en 2024. Y así llegamos de nuevo al verdadero *Zeitenwende* que afronta el capitalismo alemán. Es cierto que otra potencia ha decidido aplicar su mismo modelo de crecimiento orientado a las exportaciones en un mundo en el que las balanzas comerciales juegan un papel de suma cero a nivel global. Pero, incluso en esta situación, China es un aliado económico de Alemania.

Si durante los próximos años se reajustara el equilibrio mercantil entre ambas potencias, China podría pasar de ser un problema a una solución. La oligarquía alemana mantendría la producción en China, cerraría las plantas alemanas que hiciera falta, abarcaría el segmento más caro del mercado de la automoción y concedería a los productores chinos las líneas más baratas. La cara B, claro, de la solución oligárquica son los despidos masivos, las bajadas salariales y la asunción de que el Estado debe destinar cada vez más dinero de las arcas públicas a reposicionar a la oligarquía alemana en

el mercado internacional. Mi opinión es que intensificando la ofensiva económica contra el proletariado y restringiendo, si fuera necesario, aún más los derechos políticos de los alemanes, el *milagro económico alemán* podría sobrevivir.

Sin embargo, el bloque político en el que Alemania, empezando por la parte occidental, quedó integrada desde 1945 está liderado por una potencia que ha declarado a China como enemiga estratégica número uno. Es cierto que en Europa la mayoría de las potencias mantienen una relación ambigua respecto a China que combina cooperación y rivalidad. También lo es que los Estados Unidos, además de un paraguas militar, constituyen un socio comercial de primer nivel. Pero la realidad es que, de un tiempo a esta parte, la divergencia de intereses entre norteamericanos y europeos –y sobre todo alemanes– se expresa de forma cada vez más clara.

Los dos pilares del capitalismo alemán, a saber, dominio político de occidente y colaboración económica de oriente poco a poco se debilitan. Las zonas grises estratégicas que permitían a Alemania beneficiarse de ambos mundos ya no existen. La oligarquía alemana debe elegir en este *Zeitenwende*, en el que la tensión entre intereses económicos y fidelidad política es cada vez mayor. ●

COLABORACIÓN

LA CRISIS ALEMANA EN CONTEXTO

Texto — **Mikel Bartolome**

Imagen — **Jiker uve**

Cierre de tres plantas y reducción salarial del 10% en Volkswagen, 11.000 despidos para 2030 en la siderúrgica Thyssenkrupp, 7.000 despidos en la química Evonik Industries, más de 5.000 despidos en Bosch, 5.000 en Siemens, reestructuración de 3.500 trabajadores en Deutsche Bank, 3.000 despidos en la Ford alemana, cerca de 4.000 en Audi, 3.500 en la marca de neumáticos Continental... y todo esto con el fin de la coalición a tres en el Gobierno alemán de por medio.

A estas alturas, a nadie debería parecerle extraña la afirmación de que la economía alemana está en crisis. La que durante décadas fue “la locomotora de Europa” se enfrenta, en la actualidad, a una crisis estructural en su modelo de crecimiento económico. Con una economía en recesión por segundo año consecutivo, unos índices de producción industrial en mínimos y una fuerte caída de sus exportaciones, su modelo económico se encuentra con fuertes limitaciones para seguir creciendo.



Hace unas pocas semanas, en su texto “Navarra es un continente: crisis industrial y lucha de clases”, disponible en la web de *Gedar*, Dani Askunze mostraba la necesidad de analizar los fenómenos económicos concretos dentro de los parámetros de la economía global capitalista y sus leyes de desarrollo. Personalmente, no puedo sino subrayar la importancia de esta cuestión. A fin de cuentas, en un mercado mundial altamente integrado y regido por la distribución internacional del trabajo de la ley del valor, las crisis de las economías nacionales no son más que formas localizadas de expresión de las leyes de desarrollo de la acumulación global.

La economía alemana está caracterizada como una economía intensiva en la producción de manufactura y, en gran medida, orientada hacia el comercio exterior. Gracias a su capacidad tecnológica y su gran industria, se ha mantenido como la cuarta economía más grande del mundo, solo por detrás de EEUU, China y Japón. De hecho, fue a partir de finales de la década de los 40 –tras la Segunda Guerra Mundial– cuando la economía alemana empezó a poner las bases de su modelo que han durado hasta la actualidad. El Plan Marshall, la incorporación del marco como nueva moneda de curso legal para controlar la inflación de posguerra y la gran reconstrucción de infraestructura, entre otras causas, permitieron que Alemania (occidental) se convirtiera en una de las economías capitalistas más fuertes del mundo durante las décadas siguientes. La economía alemana empezaría, también en esta época, a desarrollar las que a día de hoy continúan siendo sus principales actividades: la industria automotriz, la industria química y la ingeniería especializada en la manufactura. Pero, sobre todo, la recuperación de posguerra y el “milagro económico alemán” estuvo fuertemente ligado a su capacidad exportadora, y esta no puede ser explicada sin el proceso de integración europeo.

Con una economía en recesión por segundo año consecutivo, unos índices de producción industrial en mínimos y una fuerte caída de sus exportaciones, el modelo económico alemán se encuentra con fuertes limitaciones para seguir creciendo

La creación de la UE, con todas sus instituciones, ha sido sumamente beneficiosa para Alemania y su posición dentro de Europa y el mundo. La adopción de la moneda única europea –el euro– favoreció enormemente las transacciones comerciales con sus socios comunitarios

RELACIONES EXTERIORES Y PROCESO DE INTEGRACIÓN EUROPEO

Evidentemente, la inserción exterior de una economía –es decir, la posición que ocupa dentro de la economía– es fundamental para explicar su naturaleza. Dicho de otra manera, no se puede analizar una economía si no se tienen en cuenta sus relaciones comerciales con el resto del mundo. Esta afirmación, que es aplicable a cualquier economía del globo, adquiere una especial relevancia en el caso de Alemania.

La creación, en 1957, de la Comunidad Económica Europea (CEE) –el tratado que pondría las bases para la posterior Unión Europea– fue muy importante en el desarrollo económico alemán. Por medio de esta comunidad, que estableció un mercado común y una unión aduanera, los países miembro obtuvieron la posibilidad de exportar e importar productos entre sí evitando cualquier tipo de arancel o traba al comercio. Por supuesto, este hecho favoreció a las economías exportadoras –como Alemania– puesto que obtuvieron facilidades para colocar sus mercancías en el exterior. Dada su ventaja tecnológica en la fabricación de maquinaria y automóviles, Alemania se consolidó como la principal economía exportadora de Europa.

Además, el mercado único europeo también estableció la libre movilidad de capitales. Con ello, las empresas punteras alemanas –Volkswagen, BMW, Mercedes-Benz, Bayer, Siemens, Philips, etc.– recibieron grandes cantidades de inversión extranjera que contribuiría a su consolidación como los grandes capitales industriales de la época. Así, la actividad económica alemana gozó de un crecimiento sostenido a lo largo de años –exceptuando los años posteriores a la crisis del petróleo de 1973, que conllevó un aumento significativo de los precios de la energía, y a la integración de las economías de Alemania occidental y oriental–.

Por otra parte, Alemania no solo se ha beneficiado de la integración europea: el proceso de globalización económica –que conllevó la expansión a escala planetaria de las relaciones capitalistas, así como la integración de amplias regiones del globo a un mismo mercado mundial– fue también algo sumamente provechoso para su economía. Y es que dos de los principales elementos que caracterizan la globalización fueron la incorporación de grandes economías poco desarrolladas a los circuitos mercantiles globales, así como la gran reducción de aranceles y la liberalización del comercio internacional.

De esta forma, aquellas economías –principalmente en el sudeste asiático y en el este de Europa– que estaban experimentando un proceso de industrialización tardío a partir de finales de la década de los 80 necesitaban maquinaria y otros bienes de equipo con los que crear un tejido industrial. El capital industrial alemán supo sacar provecho de esta situación y adelantar posiciones en la carrera del capitalismo, estableciéndose como su principal proveedor. Así, la economía alemana se estableció, por una parte, como la principal exportadora de automóviles del mundo y, por otra, como una gran proveedora de bienes de equipo industriales para las economías en desarrollo.





GALERIA

BS-EL 286

Además, la creación de la UE, con todas sus instituciones, ha sido sumamente beneficiosa para Alemania y su posición dentro de Europa y el mundo. La adopción de la moneda única europea –el euro– a principios del nuevo milenio fue un elemento clave para el desarrollo histórico de la economía alemana, puesto que favoreció enormemente las transacciones comerciales con sus socios comunitarios. Dicho de manera más simple: si dos economías distintas usan la misma moneda, se evitan las fluctuaciones cambiarias y se simplifican y abaratan las transacciones. Con ello, Alemania pudo comerciar más fácilmente con otros países de la eurozona, lo que fortaleció sus relaciones comerciales y su posición en el comercio internacional todavía más. Así, la economía alemana ha conseguido acumular, durante años, grandes superávits en su balanza comercial –lo que implica que sus exportaciones eran bastante superiores a sus importaciones–, destacando los años 2016, 2017 y 2018, cuando obtuvo superávits de más de 250 mil millones de euros –lo que equivalía a más de un 7% de su PIB–. Años antes, por primera vez en 2007, las exportaciones alemanas superaron –en términos absolutos– a las de la economía estadounidense, la más grande del mundo. Esto produjo un curioso sentimiento generalizado de chovinismo económico, hasta el punto de que los mandatarios y periodistas alemanes hablaban de su economía, con satisfacción y cierto engreimiento, como la *Exportweltmeister*, algo así como “la campeona mundial de las exportaciones”.

Pero el elemento más importante de la integración europea a través de la eurozona y la Unión Europea reside en que reforzó la influencia política de Alemania dentro del Viejo Continente. De hecho, los actores políticos de la economía europea más grande juegan un papel clave a la hora de formular las políticas económicas y monetarias de la UE y su rumbo estratégico. Las políticas adoptadas durante los años 2009-2014 por las instituciones europeas como respuesta a la crisis financiera, por ejemplo, estuvieron fuertemente influidas por las presiones de los mandatarios políticos alemanes y su capacidad de influencia. De esta manera, la eurozona ha mantenido, desde su creación, al euro alemán devaluado respecto al resto de divisas –el FMI estimó en varias ocasiones que el euro estaba devaluado entre un 5% y un 15% para Alemania–. Y es que, si bien dentro de la eurozona se comparte una divisa común, existen diferentes niveles de salarios, precios y competitividad que hacen que una misma moneda puede estar sobrevalorada para determinados territorios mientras está devaluada para otros territorios. Las consecuencias, cómo no, son dispares: al tiempo que el capital de los países exportadores más ricos –Alemania, Países Bajos o Bélgica– se beneficia de la moneda única, puesto que le permite aumentar sus exportaciones, las economías del sur de Europa –especialmente Portugal, Italia, Grecia y España; los PIGS – han sido lastradas–.

Sin embargo, parece que el modelo que permitió a Alemania –y a gran parte del territorio europeo– mantener su posición imperialista y recibir una transferencia de rentas proveniente de la explotación de los trabajadores del Sur Global está llegando a su fin.

El precio promedio de la energía eléctrica europea a mediados de 2023 fue, según la Comisión Europea, alrededor de un 150% más cara que en el caso de China y EEUU



CAUSAS ESTRUCTURALES DE LA CRISIS EN ALEMANIA

Aunque la crisis económica alemana sea la consecuencia de una conjunción de causas variadas, el auge de China como potencia industrial supone un factor de especial relevancia. El gigante asiático, lejos de ser una economía centrada en la producción de manufactura de bajo valor añadido, se ha convertido en la principal potencia industrial y tecnológica del mundo. Con ello, ha conseguido desbancar en muy poco tiempo a la economía alemana como líder global de las exportaciones industriales. Como resultado de una fuerte apuesta por la investigación y el desarrollo tecnológico, China es desde hace ya unos años el país que mayor cantidad de patentes registra, triplicando a Estados Unidos, su competidor inmediato. La gran capacidad de desarrollo tecnológico ha permitido que China se erija como la principal potencia en las industrias de vanguardia como los sistemas de telecomunicación modernos –especialmente en las redes 5G–, robótica y automatización, energía renovable, minería, electrónica integrada y automoción.

A su vez, Alemania –y gran parte de Europa central– está experimentando una pérdida de competitividad internacional, causada, en gran parte, por el aumento de sus costes. Europa central ha experimentado un enorme aumento de los costes energé-

ticos a partir de 2022, y esto resulta una cuestión crucial para aquellas industrias que requieren un gran suministro energético para llevar a cabo su producción. Se trata de una cuestión central: el precio promedio de la energía eléctrica europea a mediados de 2023 fue, según la Comisión Europea, alrededor de un 150% más cara que en el caso de China y EEUU. Europa se ha mantenido durante años como una importadora neta de energía, pues su capacidad de generación no es suficiente para satisfacer su demanda. Por el contrario, China, que es una potencia en cuanto a energía renovable se refiere, ha realizado una enorme inversión a través de políticas industriales estatalmente centralizadas con el objetivo de obtener energía eléctrica barata. En cuanto al precio del gas natural, voladura del Nord Stream 2 de por medio, la brecha entre Europa y China era, a mediados de 2023, un 345% mayor. Y es que China, que ha aumentado muchísimo la utilización de gas en las últimas décadas, es capaz de obtener este recurso de manera barata gracias a tratos preferenciales con países suministradores como Rusia o Arabia Saudí. Mientras tanto, según el Informe Draghi, los costes energéticos alemanes han aumentado un 30% en año y medio.



Por otra parte, también existe una gran divergencia en cuanto al nivel salarial. Un trabajador manufacturero alemán cobra unos 34.500 € anuales de promedio, mientras que en China –que ha visto un aumento significativo de su nivel salarial en las últimas dos décadas, aunque muy por debajo de sus aumentos de productividad– cobran un promedio de 13.000 € anuales, lo que supone casi una tercera parte. Históricamente, estas diferencias salariales y relativas a otro tipo de costes han sido aprovechadas por los capitales de las economías centrales –a través de la movilidad internacional del capital y la distribución internacional del trabajo– para obtener transferencias de valor a costa de la sobreexplotación de la clase trabajadora en la periferia.

Pero, además, China ha conseguido hacerse con el control efectivo de la mayor parte de las fases de la cadena de producción de multitud de bienes industriales como los semiconductores, las baterías eléctricas o los automóviles. Con el objetivo de avanzar en su autonomía estratégica, y como resultado de una minuciosa política industrial a largo plazo, se ha asegurado la capacidad de extracción y refinamiento de la grandísima mayoría de metales estratégicos ligados a la transformación industrial –litio, cobalto, neodimio, grafito, tierras raras–. También es, con mucha diferencia, la mayor productora de baterías eléctricas.

Como resultado de una minuciosa política industrial a largo plazo, China se ha asegurado la capacidad de extracción y refinamiento de la grandísima mayoría de metales estratégicos

Aún con aranceles, los coches chinos son extraordinariamente más baratos que los europeos en general y los alemanes en particular

Cabe destacar, además, que las regulaciones industriales de la UE han sido duramente criticadas como excesivamente burocráticas y poco homogeneizadas entre los Estados miembro. A finales de enero de 2025, sin apenas detalles, la vicepresidenta de la Comisión Europea sugirió la necesidad de impulsar la demanda de coches eléctricos europeos a través de una herramienta de subsidios a nivel continental. Por su parte, el que en el momento de escribir este texto –a la espera de los resultados electorales– continúa como canciller alemán, Olaf Scholz, también pidió ayudas directas para los coches eléctricos fabricados en Alemania. Habrá que ver en qué consiste el diseño final de estas políticas de corte proteccionista. Por ahora, lo cierto es que, entre críticas e incertidumbre, el Pacto Verde Europeo mantiene la prohibición de venta de coches con motores de combustión para 2035. También habrá que ver en qué queda. Mientras, la industria china se beneficia de regulaciones ambientales más laxas y de transferencias directas de recursos financieros hacia sectores prioritarios a través de bancos y fondos de inversión estatales.

Todos estos factores han tenido como corolario que la competitividad y la capacidad exportadora de Alemania como potencia industrial haya sido gravemente mermada. Sin ir más lejos, la propia China ha sido durante más de una década, hasta el año 2020, el principal destino de las exportaciones de automóviles alemanes. Antes de la pandemia, los coches alemanes suponían un 25% de las ventas totales de automóviles en China; algo más de 4 millones de coches al año. En la actualidad, su cuota de mercado se ha reducido a la mitad y se espera que esta cifra siga reduciéndose fuertemente en el corto plazo. A su vez, la capacidad exportadora de la industria automotriz china ha aumentado enormemente después de la pandemia: mientras que en el año 2021 exportaba, según el *Financial Times*, unas 100.000 unidades de vehículos, a mediados de 2023 esa cifra aumentó a más de 360.000 unidades anuales, superando a Alemania y Japón, y situándose como la economía líder en exportación de coches. Además, China destaca, sobre todo, en la fabricación de coches eléctricos, contando con

marcas punteras como BYD –que ya se sitúa muy por encima de Tesla como el principal vendedor de vehículos enchufables a nivel mundial–.

Si bien el coche chino se ha convertido enormemente popular en la propia China y en el sudeste asiático, su aparición en Europa está todavía, por así decirlo, algo rezagada. Existen varias razones para ello: todavía no se ha establecido una red de concesionarios de marcas chinas en Europa, existen grandes dificultades a la hora de conseguir recambios y otro tipo de suministros oficiales, etc. A su vez, la Comisión Europea, temerosa de la capacidad competitiva de la industria automotriz china, ya ha empezado a establecer políticas proteccionistas. Así, los coches importados desde China tienen, en la actualidad, un arancel de entre un 35% y un 45%. La cuestión aquí es sencilla: aún con aranceles, los coches chinos son extraordinariamente más baratos que los europeos en general y los alemanes en particular. ¿Cómo podría competir, en un futuro cercano, el Volkswagen T-Roc alemán por 30.000€ contra el MG ZS chino por 16.500€?

La crisis industrial alemana es una cuestión especialmente relevante para toda la economía europea. En concreto, la industria automotriz, principal actividad del continente en términos de producción e intercambios comerciales, emplea a más de 13 millones de trabajadores a lo largo de todo el continente. Sin embargo, las empresas líderes alemanas, debido a la integración a través de las cadenas de producción, se sitúan como agentes organizadores de la producción de automóviles a escala europea. Por ello, la crisis alemana no deja de ser un fenómeno continental que afectará, con toda probabilidad, a las economías del sur y del este de Europa en las que se encuentra deslocalizado y/o externalizado el sector automotriz alemán.

En cualquier caso, una cosa es segura: mientras la rentabilidad sea el criterio organizador de la actividad económica y mientras el capital transnacional no encuentre oposición, este continuará trasladando los costes de las crisis a las masas de trabajadores a lo largo del mundo, más aún en un proceso generalizado de desindustrialización europea. ●



¿Y ahora qué?

Texto — **Pablo Ruiz**

Imagen — **Manubeltz**

Tras una intensa campaña marcada por el viraje de-rechista de la conversación pública alemana, la intervención directa del Estado norteamericano (Musk en X, Vance en Múnich), un gobierno saliente enormemente impopular, como han expresado las urnas y una recesión técnica de dos años, la extrema derecha de AfD se va a quedar en el 20%. Die Linke ha arrasado entre la juventud, sorprende con un casi 9% y asalta la capital berlinesa por primera vez en su historia. Los verdes retroceden, pero mantienen el tipo. La CDU/CSU ha obtenido el segundo peor resultado de su historia, a pesar de haber ganado las elecciones. La rojiparda Wagenknecht se quedará fuera del parlamento y Lindner, el líder de los liberales de FDP, cumplirá con su promesa y dimitirá tras no haber alcanzado el 5%. El próximo Canciller de Alemania se ha reafirmado en la idea de que AfD no gobernará bajo ningún concepto.

Esta forma de analizar las cosas está atravesada por el malmenorismo en el que liberales, conservadores, socialdemócratas, verdes y ex-comunistas se encuentran de forma cada vez más frecuente. Es lógico y comprensible que la CDU/CSU celebre no tener que depender de la extrema derecha para gobernar. Un gobierno de coalición con un SPD en horas bajas –han obtenido su peor resultado desde 1887– es el escenario ideal para la oligarquía alemana. Según la Agencia Estatal de Empleo de Alemania, el país necesitará unos 400.000 trabajadores extranjeros al año durante la próxima década y Alemania ya no es capaz de producir ni retener la mano de obra que necesita. La plataforma Defendemos los valores, compuesta por directivos de Volkswagen, BMW, BASF, Allianz, Deutsche Bank, ThyssenKrupp o Mercedes-Benz, volvió a manifestar antes de las elecciones su rechazo a AfD, dejando bien a las claras que los dos pilares del programa de Widel, “remigración” y Dexit, son incompatibles con la acumulación de capital en Alemania. La noche del día de las elecciones (23 de febrero), los resultados se celebraron en Berlín, pero sobre todo en Frankfurt, sede del BCE, y en Bruselas, donde los burócratas de la Comisión Von der Leyen II sonrió al saber que el nuevo representante alemán sería Merz y no Scholz, líder de la fracción pro-china del partido-hermano del Kremlin durante los últimos 30 años –y quien ya ha anunciado que no participará ni en las negociaciones, ni en la futura coalición. Las declaraciones de Merz despejan cualquier duda: “Mi absoluta prioridad será fortalecer Europa lo más rápido posible para, paso a paso, lograr la independencia de Estados Unidos”. La oligarquía alemana, líder del bloque político europeo, está de enhorabuena.

El conjunto del arco parlamentario –o Partido del Orden– constituye un frente común en el apoyo al genocidio sionista practicado por Israel contra el pueblo palestino. Y el militarismo es un pilar incuestionable para cualquier programa de gobierno que aspire a liderar el Estado

Pero resulta incomprensible –cuando no, rozante de lo ridículo– que la izquierda europea haya salido en bloque a celebrar los resultados de Die Linke, tras un 9% que deja a la izquierda alemana en la insignificancia. El nuevo parlamento alemán es el más rechazado desde la Segunda Guerra Mundial. La extrema derecha ha doblado sus votos y es la opción preferencial, con diferencia, entre los votantes que se reconocen como obreros. La fracción tecnológica del capital norteamericano, punta de lanza de la ofensiva reaccionaria global, ha conseguido un fiel representante en el corazón económico del capitalismo europeo. El conjunto del arco parlamentario –o Partido del Orden– constituye un frente común en el apoyo al genocidio sionista practicado por Israel contra el pueblo palestino. Y el militarismo es un pilar incuestionable para cualquier programa de gobierno que aspire a liderar el Estado.

Varias fuentes de AfD informaron al Financial Times diez días antes de las elecciones que las miras estaban puestas en 2029. Conscientes de que el enorme apoyo recibido en las urnas no sería suficiente, los dirigentes de AfD explicaban al periódico británico que se inspiraban en la estrategia Herbert Kickl. El líder del partido de extrema derecha FPO ha ganado las elecciones tras años de gobiernos de coalición entre socialdemócratas y democristianos. Kickl será finalmente mandado a la oposición tras el casi seguro tripartito entre liberales, socialdemócratas y democristianos, pero no debemos olvidar que, tras los resultados, estos últimos mostraron su disposición de formar gobierno con la formación ultraderechista. Esa es la estrategia de Weidel y AfD: erigirse como única fuerza de oposición, capturar el descontento de las masas y obligar a los partidos tradicionales a pactar. La suya es una larga marcha hacia el poder.

El proletariado ha sido, una vez más, el gran ausente en estas elecciones. Ningún programa se proponía acabar con la esencia antidemocrática del Estado alemán, ni con el régimen de explotación laboral que blindaba, ni con el militarismo rampante que despegaba en Europa

La participación electoral ha sido la más alta de la historia de Alemania desde la reunificación, lo que denota un interés creciente entre la población alemana por las cuestiones políticas. Pero ninguna fuerza política representaba este 23 de febrero los intereses del proletariado residente en Alemania. Todos los partidos han asumido la posición oligárquica en torno a los grandes asuntos de Estado como el apoyo a Israel, la posición imperialista de Alemania, la militarización de las fronteras, el carácter explotador del modelo económico, el retroceso de las condiciones de vida de los trabajadores, los *minijobs*, la devaluación salarial, el parasitismo rentista de los fondos de inversión, la brutal represión policial que sufre la contestación política, el desmedido y corrupto poder que tiene la oligarquía industrial alemana en la dirección del Estado o la salida capitalista a la crisis de rama industrial que atraviesa el país.

El proletariado ha sido, una vez más, el gran ausente en estas elecciones. Ningún programa se proponía acabar con la esencia antidemocrática del Estado alemán, ni con el régimen de explotación laboral que blindaba, ni con el militarismo rampante que despegaba en Europa. Ninguna fuerza política aspiraba a organizar a los trabajadores en un partido propio e independiente, alejado de las camarillas burocráticas de la política profesional, con capacidad para consensuar democráticamente un programa de gobierno por y para la mayoría. Nadie de entre los integrantes del Partido del Orden, siempre cegados por las anteojeras del nacionalismo, aspiraba a plantear una política de emancipación para el conjunto de la población, mucho más allá de las fronteras nacionales de la oligarquía.

Pero el espíritu no puede decaer. La amenaza de un gobierno de extrema derecha debe servir para impulsar enérgicamente la construcción de una verdadera alternativa socialista al poder del dinero y la represión. Una alternativa a todos y cada uno de los partidos que, con sus diferencias, apuestan porque la vida del trabajador quede reducida a la sumisión económica y la obediencia política. Una alternativa con capacidad para que los trabajadores, también con sus diferencias, encuentren un espacio de trabajo conjunto y eficaz para organizar los cambios que esta sociedad pide a gritos. El reto que enfrenta el proletariado europeo es enorme. Los esfuerzos que tendrá que hacer para avanzar políticamente serán titánicos y sus resultados se harán esperar. Pero nunca es tarde si la dicha es buena. La combinación de conciencia socialista y constancia ha demostrado en la historia que la revolución es posible. ●

ZEITENWENDE: ATADO EN CORTO

ZEITENWENDE

ZEITENWENDE





VENIDI

NWWE

Texto — **Eneko Carrión**

Imagen — **Saioa Contreras**

Las últimas implosiones de los gobiernos francés y alemán evidencian la complejización de la gobernanza capitalista. La incapacidad de generar un bienestar para amplias capas sociales está profundizando aún más en la desconfianza y descrédito de instituciones y partidos, lo que dificulta la constitución de gobiernos estables y duraderos. La constatada inoperancia de gobernantes y respectivos entramados institucionales al hacer frente a los tres grandes retos actuales, es decir, el estancamiento económico, el tensionamiento geopolítico y la crisis ecológica, ha generado un contexto político sumamente complejo y volátil. La lógica del beneficio inmediato intrínseco al sistema y la perspectiva cortoplacista del interés electoral nos pueden arrastrar al abismo. Analizar Alemania, por su importancia tanto histórica como actual, nos puede ayudar a comprender mejor el contexto actual y sus posibles consecuencias.



La ruptura de la “coalición semáforo” (SPD, Verdes y FDP) y el rechazo a la moción de confianza de Scholz ha llevado a un adelanto electoral para el 23 de febrero. Las encuestas pronostican una victoria de la CDU, mientras la ultraderecha de AfD y el partido de Sahra Wagenknecht continúan creciendo, gracias a la capitalización del descontento en forma de señalamiento de los sectores más vulnerables. Pero más allá de la efervescencia mediática, debemos reparar en las causas y posibles consecuencias de toda esa fragmentación. Las nefastas previsiones económicas (crecimiento económico del 0,1% según el Bundesbank y la constante quiebra de empresas) unidas al despilfarro de recursos que trae la guerra de Ucrania están acelerando los cambios en los bloques de clase que funcionan como apoyo de los partidos en las últimas décadas. Estos cambios ilustran una tendencia más amplia donde los partidos denominados de izquierda son incapaces de desarrollar una política atractiva para sectores de la clase trabajadora, empujándolos a manos de sectores reaccionarios. Ejemplo de ello es que en veinte años, el SPD ha pasado de representar al 41% de la población alemana a apenas el 15% en las últimas elecciones europeas. Pero para entender la situación actual y los posibles escenarios que se abrirán en los próximos años, debemos levantar la vista y entender el papel de Europa y concretamente de Alemania en el nuevo tablero geopolítico.

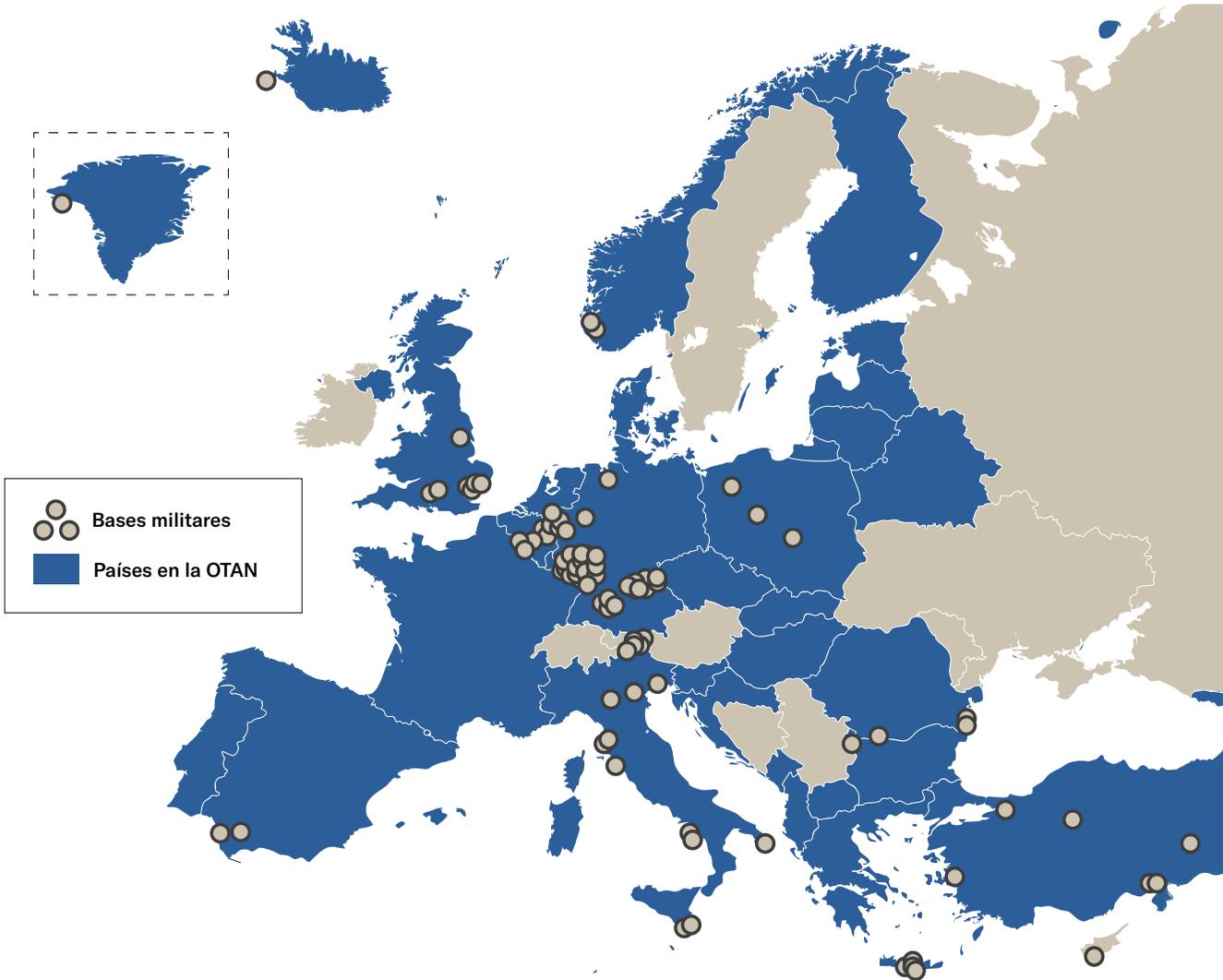
ATAR EN CORTO A LOS EUROPEOS

Almirante Rob Bauer, jefe del Comité Militar de la OTAN: “Europa debe prepararse para un escenario de guerra”. Pocas frases e imágenes resumen mejor el contexto actual. La guerra de Ucrania está funcionando como una herramienta de subordinación del bloque europeo a las directrices de la OTAN, y por lo tanto de EEUU. Esto pone en entredicho toda esa retórica de la autonomía europea y de su constitución como una fuerza de paz. Cada vez está más claro que Ucrania no puede ganar la guerra (por lo menos como recuperación de todo el territorio), y no lo digo yo, sino Mark Milley (jefe del Estado Mayor de la defensa de EEUU) y Valery Salushnyi (comandante supremo de las fuerzas armadas ucranianas). Y a pesar de ello, Occidente boicotea sistemáticamente cualquier tipo de acuerdo de paz; EEUU se ha negado sistemáticamente a negociar el tema de la seguridad con Rusia. Una vez iniciada la guerra (entre finales de febrero y abril de 2022), hubo negociaciones entre Rusia y Ucrania en Estambul, en las que parece ser que se llegó a cierto acuerdo de paz provisional, con garantías de seguridad para Ucrania y concesiones territoriales para Rusia. Pero todo se fue al traste con la visita de Boris Johnson, cuando le aseguró a Zelensky que contaba con todo el apoyo de Occidente y que así ganaría la guerra antes de fin de año.

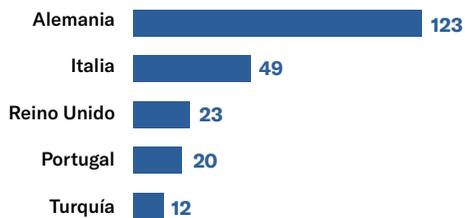
La lógica del beneficio inmediato intrínseco al sistema y la perspectiva cortoplacista del interés electoral nos pueden arrastrar al abismo

EEUU EN EUROPA

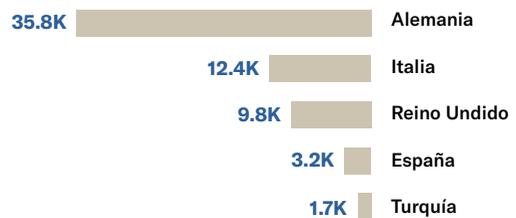
Las principales bases militares estadounidenses en Europa (2022)



PAÍSES CON MAYOR NUMERO DE BASES



PAÍSES CON MAYOR NUMERO DE TROPAS



La guerra de Ucrania está funcionando como una herramienta de subordinación del bloque europeo a las directrices de la OTAN, y por lo tanto de EEUU

Por lo tanto, el interés de mantener esta guerra a cualquier precio no es el defender la supuesta soberanía y democracia ucraniana, sino que esta es parte de una puzzle más grande, en el que Ucrania juega un papel importante. Para entenderlo, debemos realizar un muy breve resumen de lo que ha pasado estas últimas décadas. Una vez desaparecida la URSS, EEUU empezó a establecer las líneas estratégicas que debía tener el nuevo orden internacional, y por lo tanto, el papel que debía desempeñar el bloque europeo. Y entre estas líneas destaca la expansión de la OTAN hacia el este, estableciendo un cerco militar contra Rusia desde los 90. Uno de los grandes temas de discusión a los que EEUU y la OTAN se han negado a tratar es de la necesidad de negociar un replanteamiento general de la seguridad europea. La ausencia de medidas concretas y la imposición de normas de forma unilateral es lo que algunos denominan como cierre en falso de la guerra fría. La UE ha sido una herramienta muy adecuada para la integración de Europa central y oriental en Occidente. Ejemplo de ello es la admisión en 2004 de Chequia, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Polonia, Eslovaquia y Eslovenia. El ingreso de Ucrania en la OTAN era un objetivo estratégico estadounidense, pero Alemania y Francia, aunque estuvieron de acuerdo, establecieron ciertas condiciones de admisión. En 2007 comenzaron las negociaciones para cerrar el acuerdo de adhesión. Aunque EEUU quiso integrar instantáneamente a Ucrania en la alianza atlántica, Sarkozy y Merkel vetaron la propuesta. Sabían que el caso de Ucrania era más complicado, por lo que las negociaciones y acuerdos tuvieron momentos de avance y retroceso. Pero en 2012 se cerró el acuerdo de asociación de Ucrania con la UE, en la que entraba la cooperación política, libre comercio, armonización jurídica, ayuda financiera etc. Proceso en el que Alemania y concretamente Angela Merkel jugó un papel clave. EEUU tenía clara su apuesta en la política interna ucraniana, como demuestra la involucración de Biden bajo el gobierno de Obama. Así, colocó a numerosos asesores en instituciones políticas, económicas y militares.

Pero Rusia no se iba a quedar quieta. En 2013 Yanukovich (presidente ucraniano afín a Rusia) se negó a firmar el acuerdo de adhesión a la UE, lo que culminó en la revolución de colores, llamada Maidan. El bloque Euroatlántico logró su objetivo, quitarse de en medio un presidente pro-ruso y colocar a uno pro-OTAN (la quinta persona más rica de Ucrania, Petró Poroshenko). La tensión iba en aumento con la adhesión de Crimea a Rusia y el levantamiento de las zonas del Donbass y Donetsk. En 2014, el presidente ucraniano firmó el acuerdo de asociación entre Ucrania y la UE. A su vez, se firmaron los acuerdos de paz de Minsk I y Minsk II, los cuales, según admitieron posteriormente, no fueron más que teatros para ganar tiempo para armarse para la guerra. En 2019, Zelensky ganó las elecciones con un programa que incluía planes de descentralización del poder hacia instituciones locales y regionales, una resolución pacífica del conflicto del Donbass y una nueva negociación con Rusia. Detrás de tantas palabras bonitas y promesas, EEUU seguía armando al ejército ucraniano, articulándolos para que pudieran operar bajo la estructura de mando de la OTAN. Ante la estrategia de tensionamiento fomentada por el gobierno norteamericano Rusia respondió atacando al territorio ucraniano.

La guerra ha servido para generar el contexto perfecto de rearme de los gobiernos europeos, tanto materialmente con un gran aumento de la inversión en defensa tanto ideológicamente con un aumento de la propaganda belicista hacia la ciudadanía. Esto todo a su vez ha servido para cohesionar el antidemocrático mando europeo y establecer claramente las líneas principales del bloque supranacional. Y prácticamente todos los gobiernos han acatado la orden sin rechistar, lo que ha generado tensionamientos internos en varios países, entre ellos Alemania.



El interés de mantener la guerra de Ucrania cualquier precio no es el defender la supuesta soberanía y democracia ucraniana, sino que esta es parte de un puzzle más grande, en el que Ucrania juega un papel importante

Parece que EEUU ha conseguido su objetivo. Ha conseguido construir un compacto bloque de aliados en la frontera occidental con Rusia, pero no solo en el plano militar, sino también en el político y económico. Ha fomentado el modelo *friend-shoring*, es decir, ha priorizado un modelo de relaciones económicas entre países afines políticamente. Se están regionalizando las cadenas de suministro, se ha fortalecido la autarquía para depender lo menos posible del bloque rival. El ataque contra el Nord Stream es el ejemplo más claro de todo este proceso. Y parece que Europa se ha tomado en serio su papel: ha aceptado que le deleguen el conflicto de Ucrania y así EEUU se puede centrar en su enemigo principal, China. Las posiciones están cada vez más claras, y esto ha acarreado grandes efectos para la política alemana, como veremos a continuación.

LO QUE PARECÍA IMPOSIBLE ES AHORA REAL

Espero que lo explicado haya ayudado a comprender mejor el terreno al que se han tenido que subordinar los partidos, ya que solo así comprenderemos los cambios actuales en la política alemana. Esta subordinación ha erosionado las bases electorales y ha desatado cambios en las líneas de los partidos, lo que demuestra que los principios en el juego electoral no son más que monedas de cambio. El estancamiento económico ha traído un creciente empobrecimiento de los habitantes, lo cual ha generado el escenario perfecto para buscar y volcar todas estas miserias en los sectores más vulnerables, la población migrante. A su vez, el creciente rol belicista del gobierno alemán, en una sociedad donde el pacifismo ha jugado un papel clave, ha hecho que los partidos deban hacer malabarismos para convencer a su electorado. Las elecciones de junio al Parlamento Europeo nos ayudan a ver algunos de los cambios de los que hablo. Parece que la alianza conservadora CDU/CSU se mantiene y es más que probable que gane las elecciones de febrero. El desastre viene con los partidos en el gobierno; el SPD, Los Verdes y los liberales de FDP. Este desastre ha favorecido a la ultraderecha de AfD y a la escisión de Die Linke, Sahra Wagenknecht. Analicemos las causas de estos cambios.

La guerra de Ucrania ha servido para generar el contexto perfecto de rearme de los gobiernos europeos, tanto materialmente con un gran aumento de la inversión en defensa tanto ideológicamente con un aumento de la propaganda belicista hacia la ciudadanía

Los partidos de izquierda han asimilado el giro autoritario y han planteado que necesitan dar respuesta a estos “problemas” desde la izquierda. Sin una alternativa revolucionaria, la única respuesta que da la izquierda es el refuerzo autoritario y la subordinación a la agenda belicista. Esto lo han pagado claramente Los Verdes y el SPD. Su posición “pro-europea”, es decir, a favor de una institución antidemocrática y su agenda de guerra, les ha costado caro. El caso de Los Verdes es paradigmático. Una fuerza que en 2021 decía “Nada de armas y de armamento para países en guerra” y que hoy en día es el partido en el gobierno que más apoya el envío de armas a Ucrania. Estos han sido percibidos como partidos de tecnócratas al servicio de la oligarquía, ajenos a esa clase social a la que supuestamente representan. La “clase-medianización” es uno de los elementos clave del declive de los partidos de izquierdas y del auge de la ultraderecha por todo el mundo. EEUU es un claro ejemplo de este cambio, ya que el Partido Demócrata se ha convertido en un partido de clases medias modernas, progresistas y con estudios, mientras el Republicano representa a los sectores obreros con menos estudios. En el caso alemán, tenemos el claro ejemplo de Die Linke, una izquierda post-comunista, cuya base se ha limitado a esa clase media, lo que le ha acarreado estar cerca de la desaparición (menos del 5% en las elecciones de 2021). En 2009, cerca de un 20% de los trabajadores manufactureros seguían votándoles, mientras que en 2021 apenas un 4%. La izquierda, al aceptar el marco establecido, deja de ser vista como una alternativa a los partidos del *establishment*, y eso, unido a todas las falsas promesas de bienestar y cambio, genera un gran rechazo entre sus bases.



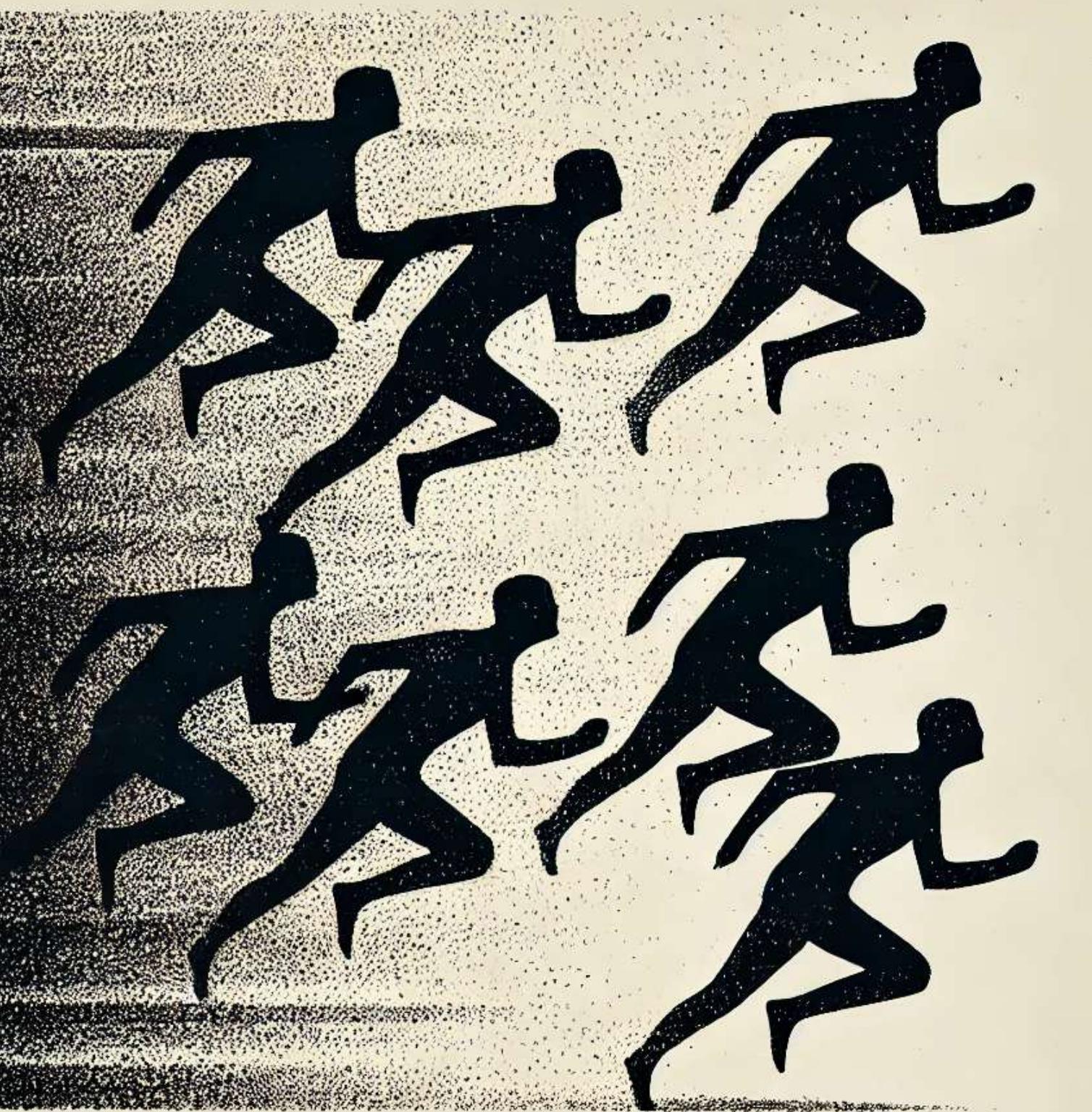
A su vez, la izquierda ha asimilado el discurso y las prácticas contra la inmigración y fortalecimiento de los mecanismos autoritarios. El gran aumento de la preocupación entre la población por temas como la seguridad y la inmigración ha hecho que los partidos tengan que tomar medidas para no perder electorado. El canciller Olaf Scholz apareció en la portada de la revista *Der Spiegel* con el titular “Debemos deportar a gran escala” en octubre de 2023, dejando más que claro el giro hacia la derecha. Muchas veces, los medios y los partidos nos nublan el juicio con el eterno mensaje de que viene la ultra-derecha, mientras son ellos el verdadero peligro, pues asumen sus principios y propuestas. Hace ocho años, solo la AfD pedía cerrar las fronteras, rechazar a los refugiados y deportar a los extranjeros “criminales”. Ahora, el “progresista” gobierno de Scholz está poniendo en práctica estas propuestas. Podemos afirmar que en la política alemana se ha polarizado, por un lado, un *establishment* que ha virado claramente a la derecha, y, mientras tanto, se constituye otro bloque “radical” *contra-establishment*.

La falta de una posición proletaria e internacionalista, lo único que ha acarreado es un refuerzo de las propuestas ultra-derechistas y autoritarias. Una vez más, ha quedado claro que la asimilación del marco sobre la inmigración no hace más que reforzar a aquellos con la respuesta más dura. Esta posición ha fortalecido a dos partidos; AfD y Sahra Wagenknecht. Empecemos con este último. Una escisión de Die Linke, dada por la misma Wagenknecht, un perfil atractivo con gran capacidad de comunicación que logra empatizar con sectores empobrecidos y desempleados (debido a la desindustrialización en gran medida) de la clase trabajadora. “Conservadora de izquierdas”, “Partido de cuadros leninista, pero sin la idea de socialismo” o “Populismo sin pueblo”, estos han sido algunos de los intentos de caracterizar la formación BSW; algo complejo, ya que bebe de casi todos los partidos del espectro electoral. La mayoría de sus votos proceden del SPD y de Die Linke, pero también recibe votos de la CDU, de los liberales de FDP, de Los Verdes y de incluso de AfD. Esto supone un cambio en los patrones tradiciones de los votantes.

Pero veamos qué es lo que plantea y cuáles son los ejes de su programa. Por un lado, tenemos la clara posición contra la guerra de Ucrania y su financiación por parte de Alemania. Para este partido, este despilfarro de recursos limita la capacidad de regenerar la maltrecha economía y las instituciones del Estado. Para ello, propone volver a establecer relaciones con Rusia, como fuente de recursos baratos para la industria. En el ámbito económico, BSW propone recetas de corte keynesiano de izquierdas. Subsidiar empresas para hacerlas más competitivas, centrado en las empresas denominadas como *Mittelstand*. Estas pequeñas y medianas empresas son el objetivo y un gran nicho de mercado de votantes, ya que aglutina a una parte de la clase obrera en decadencia y un sector de pequeños propietarios en grandes dificultades. Queda clara la apuesta interclasista de BSW, apelando a votantes económicamente progresistas pero socialmente conservadores. Su política busca reforzar y volver a un Estado del Bienestar fuerte, y, para ello, promueve el no despilfarro de recursos en la guerra o la limitación del número de nuevos migrantes hasta que las infraestructuras nacionales (escuelas, guarderías, sanidad, vivienda, etc.) hayan sido mejoradas y ampliadas.

Además, aboga por la restricción de la inmigración y entiende que el origen de estos flujos son la lógica del liberalismo económico y las políticas de la globalización, un claro ejemplo de esa apuesta por el repliegue nacionalista. Este pragmatismo le ha servido para conectar con ese sentido común que busca una cabeza de turco para su maltrecha situación económica. Es curioso, ya que según un estudio fue la fuerza más votada entre los musulmanes en las elecciones europeas. Parece ser que la izquierda ya no conecta de la misma manera con las minorías étnicas, algo que podemos observar en muchos países.

Por otro lado, tenemos a la ultraderecha de AfD, una fuerza que se ha consolidado en los últimos años, algo que parecía improbable por la “vacuna” anti-extrema derecha de la sociedad alemana. Con 77 diputados es la quinta fuerza del Bundestag, está presente en todos los estados federados menos en uno, en las elecciones de 2021 fue la segunda fuerza más votada por detrás de la CDU y por delante del SPD y ha sido primera fuerza en las elecciones regionales de Turingia y segunda en Brandenburgo y Sajonia. Pero hay que tener cuidado al analizarlo, porque estamos hablando de una fuerza que ha conseguido renovarse. Ha conseguido abrirse a capas sociales que hasta ahora estaban cerradas, ejemplo de ello es que su copresidenta sea una mujer, lesbiana y su pareja una inmigrante de Nepal. Los causas de este crecimiento los podemos encontrar principalmente en el tema migratorio. Las razones para votar a este partido son un 46% por la inmigración seguida de la paz en las relaciones internacionales, con un 17%, la seguridad social, con un 15%, y el crecimiento económico, con un 12%. La gestión de la crisis migratoria de 2015, debido al conflicto en Siria generaron un peligroso caldo de cultivo, debido a la llegada de refugiados a municipios y barrios obreros con pocos recursos. Hoy en día el conflicto en oriente medio y el sentimiento de culpa histórica por el holocausto han permitido que la islamofobia se expanda bajo la careta de antisemitismo.







Otra de las grandes causas es el declive económico, con una pérdida de competitividad respecto a China, la cual ha acarreado cierres de plantas y despidos masivos por todo el país. La ineficacia de los partidos tradicionales de gestionar esta crisis ha hecho que la gente busque soluciones en otras propuestas, como la AfD. Pero más allá del ámbito material, esa idea de potencia europea en decadencia ha provocado un aumento del nacionalismo, debido al orgullo nacional herido.

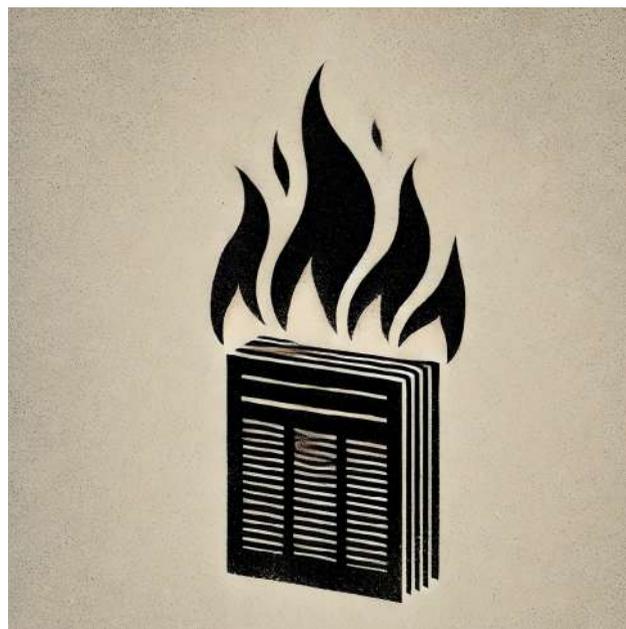
Además, debemos tener en cuenta la clara división del país en dos mitades, occidental y oriental. La parte oriental ha sufrido más la erosión la confianza hacia las instituciones y los partidos tradicionales, lo que ha ayudado en el crecimiento de la ultraderecha. Las convulsiones que sufrieron con la caída del muro y las similitudes actuales que hacen recordar a aquella época aumentan la desconfianza hacia aquellos discursos modernos, proeuropeos y a favor de la globalización.

No nos podemos olvidar que los partidos que componen el centro (FDP, SPD, Verdes y CDU) establecieron una batalla cultural contra la reciente creada ultraderecha en 2013. Este cordón sanitario no se limitó al ámbito parlamentario o gubernamental, sino que se expandió a todas las capas de la sociedad (medios de comunicación, iglesia, escuelas, asociaciones deportivas...). Esta política conocida como "Kampf gegen Rechts" (lucha contra la derecha) convirtió al "antifascismo" en doctrina del Estado. Pero esto ha producido resultados contrarios a lo esperado. Ese antifascismo asimilado ha generado un gran rechazo, sobre todo en partes de la antigua RDA y entre los sectores juveniles. Lo que deja claro que el "antifascismo" institucional no es una alternativa real al auge del fascismo.

CONCLUSIONES

Zeitenwende significa cambio de época, y aunque los cambios electorales puedan indicar algo en esa dirección, este contexto nos recuerda demasiado a una época pasada. Una época de guerras, de creciente autoritarismo y señalamiento de minorías. Aun así, debemos actualizar y mejorar nuestras herramientas de análisis ya que el fascismo y autoritarismo están apareciendo con otros ropajes, y hay nuevos patrones en sus bloques de apoyo. Solo así conseguiremos hacerle frente de manera efectiva.

Aun así, hay una pequeña diferencia con la década de los 30. Hoy en día no existe la URSS y el comunismo está muy lejos de ser una opción política entre las masas. Eso sí, el camino más rápido para el cambio no son las reformas inmediatas que nos venden esos partidos de "izquierdas" (cada vez más a la derecha) en nombre del pragmatismo y en contra las soluciones utópicas y maximalistas. El camino más rápido es dar un paso al frente, sin titubear y aportar toda nuestra fuerza en la construcción de esa alternativa realmente revolucionaria. Si no lo hacemos nosotros lo hará la reacción, y lo pagaremos muy caro. ●



CIERRES INDUSTRIALES Y SINDICALISMO

Texto — **Lander Lejarza**

Imagen — **Iker Orueta**





Noticias de despidos, cierres de fábricas y deslocalizaciones abundan los últimos meses por Europa donde el sector automovilístico escenifica a la perfección la crisis industrial que vive el viejo continente. Las decisiones empresariales que se tomen ahora en Alemania y Francia, determinarán la producción en el resto de Europa, inclusive en nuestro territorio. Dado que los procesos de cierres industriales muestran varios paralelismos, la automoción servirá como ejemplo para analizar la situación.

Con el 6% del empleo de la UE, produce el 8% del PIB, dejando entrever su alta productividad en comparación con otros sectores. Y esto permite obtener un flujo de dinero y unos niveles de exportación sin los cuales Europa entraría en un grave déficit comercial. Pero el declive de la industria del motor ya está desatado, profundizará aún más en el desmantelamiento del estado del bienestar y golpeará de lleno a la clase trabajadora.

No se van a desglosar aquí las razones por las que la producción de coches está yendo cuesta abajo y sin frenos en nuestro continente. Más bien se intentará hacer un breve análisis de los conductores y pasajeros que participan en dicha deriva, así como el papel clave de los distintos bloques sindicales en los procesos de cierre de fábricas. Para ello, se partirá directamente del caso paradigmático de este declive: Volkswagen.

EL CASO VOLKSWAGEN

Volkswagen, la empresa con mayor número de empleados de Alemania, representa a la perfección el contexto de gripado del motor europeo, donde las piezas del tablero de la lucha de clases se escenifican nítidamente con los últimos acontecimientos. En este conflicto, que marcará un antes y un después, participan tres principales sujetos que determinarán su futuro industrial: la burguesía comandada por el capital financiero, los sindicatos burocráticos hegemónicos, y el movimiento obrero.

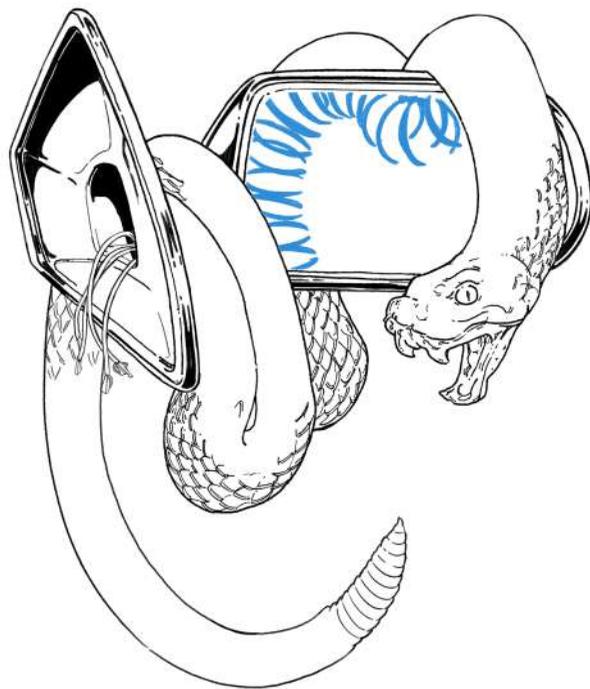
En septiembre de 2024 la compañía amenazó con reducciones del salario del 10%, despidos masivos, eliminación de convenios colectivos y, por primera vez en 87 años, cierres de fábricas en Alemania. El *swing* del capital financiero amenazaba con mandar la producción del Golf a México, y, alegando una falta de competitividad, forzar despidos y cierres para aumentar los beneficios.

La primera respuesta obrera

Cuando trascendieron las amenazas de cierres, la respuesta de los trabajadores no se hizo esperar. La solidaridad de clase desbordaba las previsiones, y el aliento fraternal que llegaba desde todo el país dignificaba el estado de incertidumbre en que vivían los obreros. El apoyo se expandió rápidamente entre familiares y amigos de los entornos locales, pero también brotó entre los compañeros de otras empresas como Daimler (Mercedes), Thyssenkrupp o Siemens, ofreciendo ayuda y colaboración: “Nos comprometemos a realizar actividades solidarias. ¿Qué ayuda necesitáis?” comentaba un compañero de Daimler.

La conciencia de clase empezaba a emanar en las fábricas. El comité de empresa de Daimler Truck Wörth se solidarizaba: “Os atacan, pero nos atacan a todos. (...) ¡estamos dispuestos a hacer huelga en todo el país!”. Una trabajadora de Thyssenkrupp declaraba: “Nunca he vivido nada parecido al trato que estamos recibiendo ahora. Están pasando a la ofensiva contra nosotros; nosotros tenemos que hacer lo mismo”.

Los trabajadores de Volkswagen respondieron con numerosas iniciativas independientes, y el 2 de diciembre marcharon en una huelga de advertencia de hasta 100 mil obreros, como escenificación de la voluntad de luchar de la gente. Mientras tanto, se estaban produciendo las negociaciones entre la patronal y el comité de empresa a puerta cerrada, y la clase obrera quedó relegada a una posición de retaguardia en espera de lo que negociaran sus representantes.



El declive de la industria del motor ya está desatado, profundizará aún más en el desmantelamiento del estado del bienestar y golpeará de lleno a la clase trabajadora

Tal como declaraba un empleado, “en lugar de permanecer unidos en solidaridad, se está enfrentando a los trabajadores entre sí”

La determinación burguesa

Pero la lógica burguesa es inflexible en la búsqueda de beneficios y el aumento de la explotación de la fuerza de trabajo. Esto es ley en el capitalismo. Por consiguiente, también es inquebrantable la disciplina de la burguesía para sacar adelante las políticas necesarias que garanticen la máxima ganancia. Aun con sus distintas expresiones políticas y pugnas interburguesas, esta racionalidad acaba por imponerse.

El agente que representa esta unilateralidad en el caso de VW es el capital financiero internacional. El grupo automovilístico está participado al 32% por la sociedad de cartera Porsche SE, al 26% por grandes fondos de inversión y bancos, al 14% por el fondo soberano de inversión de Qatar, al 13% por accionistas privados, y al 12% por el estado de Baja Sajonia. Estos accionistas, sumados a una deuda rampante de la empresa vigilada por los celos mercados financieros, velan activamente por la maximización de la ganancia día y noche, y en época de crisis imponen medidas de reestructuración para retomar la senda de los jugosos dividendos.

En ese sentido actuó el comité ejecutivo, verdugo de las directrices del capital financiero. A finales de diciembre acordó con los sindicatos la eliminación de 35.000 puestos de trabajo hasta 2030 –¡eso sí, de manera “socialmente responsable”!–, la congelación de los sueldos durante 5 años –en un contexto de inflación–, la supresión de ciertas bonificaciones y de la paga de vacaciones de 1.200 euros, y la suspensión de la producción en dos plantas entre 2025 y 2027, sin perspectivas de retomarla. Esto implica eliminar en menos de 5 años más de 1 de cada 4 empleos y coches fabricados en la actualidad.

Todo esto no de una manera torpe y burda, sino fríamente calculada. Buscaban quebrantar la unión de los trabajadores ofreciendo mejoras en la salida a los empleados con mayor experiencia e implantación, para conseguir anularlos sindicalmente; aumentando la competencia entre las plantas productivas –y los obreros– para decidir la asignación productiva de nuevos modelos; e invisibilizando el futuro de todos los asalariados de las industrias

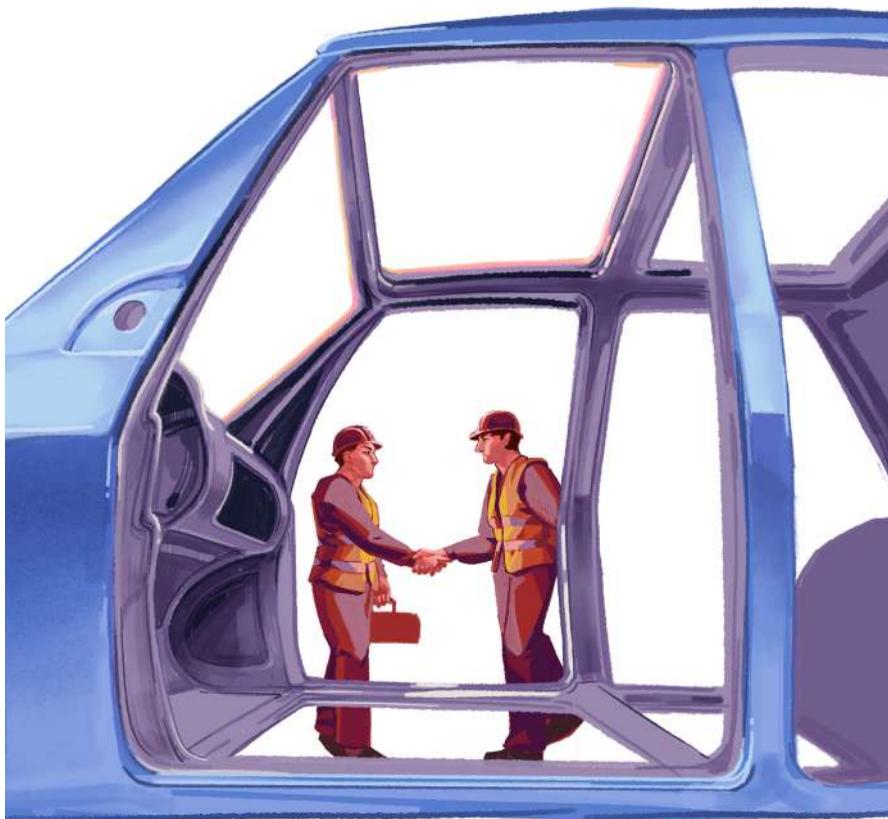
proveedoras y auxiliares. Tal como declaraba un empleado, “en lugar de permanecer unidos en solidaridad, se está enfrentando a los trabajadores entre sí.”

Mientras tanto, el cometido de los políticos profesionales como gestores del capitalista colectivo que es el Estado, pasaba necesariamente por asegurar las condiciones de acumulación. Dichas condiciones debían garantizar tanto la reproducción del capital como la reproducción de la fuerza de trabajo en un ambiente de “paz social” que permitiera una acumulación sostenida. Las declaraciones de Scholz, primer ministro de Alemania, fueron cristalinas: “Siempre se trata de que todos permanezcamos juntos y nos mantengamos unidos a pesar de los tiempos difíciles, de que la colaboración social sea el modelo para ganar el futuro juntos, no unos contra otros, sino unos con otros”. De lo que se trataba era de minimizar la lucha obrera, y más aún estando a las puertas de unas elecciones generales. Por supuesto, según ellos, el acuerdo fue una excelente noticia.

La cogestión de la burocracia sindical

Pero un pacto es un acuerdo como mínimo entre dos partes, y la clase obrera organizada no estaba en la mesa de decisión. El otro firmante eran las altas esferas del sindicato IG Metall, el mayor sindicato de Alemania, con más de dos millones de afiliados.

El sistema alemán de cogestión (*Mitbestimmung*) implica que todas las empresas con más de 500 empleados cuenten con representantes de los trabajadores en el Consejo de Supervisión. Este organismo es responsable de supervisar las resoluciones de la junta directiva y de ratificar decisiones estratégicas importantes, como inversiones, cierres de plantas o despidos. El objetivo de la ley de cogestión es, en teoría, promover la cooperación entre trabajadores y empleadores, mejorar las relaciones laborales y reducir los conflictos industriales.



***Los partidos políticos
y el capital financiero
querían evitar a toda
costa una huelga
extensa de un núcleo
central del proletariado
industrial en plena
campana electoral***

Las élites de IG Metall tomaron las riendas de la negociación y se sentaron con la directiva para alcanzar un acuerdo. En su firme oposición a los cierres de plantas y despidos forzosos propuestos por Volkswagen, firmaron lo que denominaron como “milagro navideño”. Gracias a este acuerdo, dicen que no se clausurarán fábricas, solo se reducirá la producción de automóviles en un 30%, dejando el futuro de varias plantas en la más absoluta incertidumbre; y tampoco habrá despidos forzosos, únicamente se procederá a realizar 35 mil despidos “socialmente aceptables”. La gerencia estará desconsolada.

Sarcasmos aparte, los empleados se enteraron del acuerdo a través de la prensa. Los canales de información estaban rotos o habían sido clausurados, resultando en una representatividad completamente escindida: sin delegados, sin votaciones, sin supervisión alguna.

Tampoco fue fortuito que las negociaciones concluyeran un viernes 20 de diciembre, justo antes de las vacaciones navideñas, cuando la organización obrera queda en gran medida paralizada. Lo que está claro es que los partidos políticos y el capital financiero querían evitar a toda costa una huelga extensa de un núcleo central del proletariado industrial en plena campaña electoral. La respuesta obrera aún está por ver, pero la sensación inicial es de ambivalencia entre los empleados de VW, y de enfado entre los trabajadores de las empresas auxiliares.

SINDICALISMO Y POLÍTICA: UNA RELACIÓN ESTRATÉGICA

El sindicalismo ha variado según la época, el territorio, el régimen político o el estado de desarrollo del capitalismo. La lucha obrera difiere –cuantitativa y cualitativamente– en tiempos de expansión capitalista, y en épocas de cierres, deslocalizaciones y resignación generalizada.

En este último contexto, la función política de la burocracia de IG Metall ha sido la de sellar el pacto interclasista: embellecer los mandatos del capital financiero evitando una explosión obrera. En el fondo, se ha aceptado la reducción de la producción, la deslocalización y la bajada generalizada de los salarios. Se podría decir que la obediencia ha sido comprada, pero, en realidad, cabría preguntarse a cambio de qué. El modelo alemán de cogestión ha facilitado así colaborar en las decisiones estratégicas del capital, desde una perspectiva defensiva y con intención manifiesta de reducir la confrontación.

Una confrontación entre clases que se ha visto mitigada pero agudizada, a su vez, dentro de la clase obrera. Y es que las mejoras en las condiciones de salida ofrecidas a los trabajadores de Volkswagen, con el objetivo de reducir drásticamente la producción, implican precisamente dejar fuera de juego a todos los demás empleados de las empresas proveedoras, que se verán inevitablemente condenados a más despidos y cierres. Y no son precisamente pocos. Tal como se explicitó cuando cerró la Nissan en Barcelona, por cada asalariado de la Nissan había casi 10 empleados más afectados en las empresas de los alrededores. Los trabajadores tienen claro qué implica firmar los 35 mil despidos incentivados de VW y la disminución de la producción: “¿No es eso morir a plazos?” se preguntan. Y sentencian: “Lo mismo ocurrió con los mineros de la industria del carbón. Jubilaciones anticipadas (...) amargamente compradas.” Enunciados que tranquilamente podría haber pronunciado Santa en la película “Los lunes al sol” y llevarnos de vuelta a la época de cierres de la reconversión industrial.

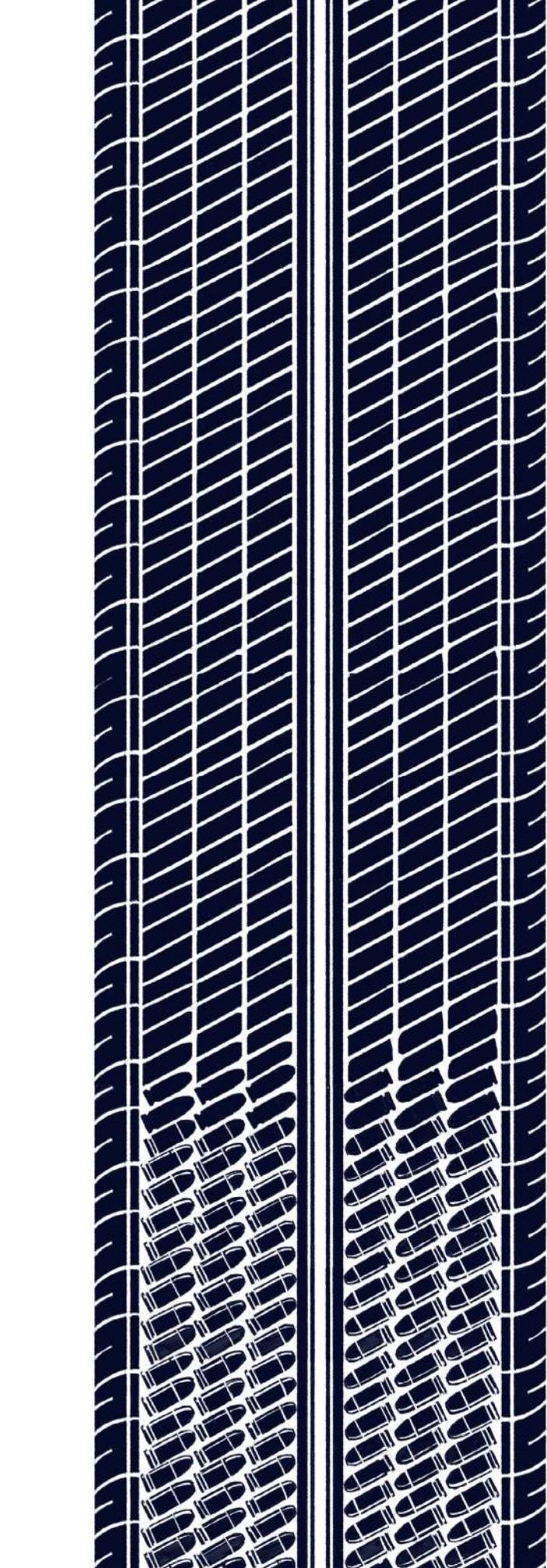
Pero sobre todo parece que se ha estrangulado todo potencial de respuesta y organización obrera. Esto es intrínseco al modelo hegemónico sindical imperante: se prioriza la negociación a la confrontación. La lucha solo es funcional en cuanto que mejora las posiciones en la mesa negociadora; solo se activa parcialmente y de manera controlada antes de la negociación. La estructura organizativa del sindicato incorpora estos principios quietistas, y anquilosa toda organización independiente: se

destruyen los canales de comunicación, se vacían de contenido los marcos locales, se elimina la democracia interna y se escinde el sindicato en dos, una dirección de burócratas y unas masas latentes. Las condiciones para la lucha son ahora peores que al inicio del conflicto, se puede decir que la élite sindical ha cumplido su cometido.

Aun así, no solo se han aceptado cierres y despidos, ya que se rumorea que algunas fábricas de coches, como la de Karmann, podrían reconvertirse a la manufactura armamentística. Y es que el futuro productivo de Europa no depende exclusivamente de los bienes de consumo, intermedio y de capital. El aumento del gasto público militar está haciendo que sectores tradicionales viren hacia la producción armamentística: la industria es hoy, cada vez más, industria militar.

Una producción en la que los sindicatos mayoritarios tendrán mucho que decir en esta nueva –vieja– tesitura de guerra. Sin querer caer en burdos paralelismos, el 2 de agosto de 1914, sindicatos y patronal acordaron prohibir huelgas y cierres patronales, prorrogando los convenios colectivos y manteniendo en marcha la mismísima maquinaria de guerra. Los sindicatos fueron un agente clave para determinar *a posteriori* la postura bélica del SPD en la Primera Guerra Mundial, con una gran influencia sobre este último, ya que lo duplicaban en afiliación e ingresaban 50 veces más dinero. Se convirtieron en el sujeto cohesionador del pacto interclasista, ofreciendo a la socialdemocracia una posición renovada ante los grupos de trabajadores organizados. Y hoy, en plena escalada bélica, se pueden llegar a dar ciertos paralelismos.

Esta escalada bélica y auge reaccionario está siendo aprovechado a su vez por nuevos –viejos– agentes para presentarse de nuevo en el panorama laboral: los sindicatos fascistas. Cuando la aristocracia obrera no es económicamente viable ni políticamente necesaria, la burguesía necesita encuadrar las crecientes masas industriales proletarizadas bajo una salida de la crisis autoritaria y neutralizar las opciones revolucionarias.



La industria es hoy, cada vez más, industria militar

Alternativa para Alemania (AfD) obtuvo un 12,9% de los votos en las elecciones generales de 2017, pero entre los trabajadores industriales el apoyo fue del 15%. Aunque por ahora no son un agente central en el ámbito laboral, el sindicato fascista Zentrum Automobil se ha expandido en varias plantas de Mercedes, BMW y Porsche, y ha alcanzado el 10% de la representación. En una primera fase manejaban un discurso contra la existencia misma de la lucha de clases, pero a partir de 2015 empezaron a usar un discurso populista de arriba-abajo: arriba, la cogestión de “sindicatos monopolistas”; abajo, los trabajadores de a pie, que terminan siendo ignorados. Culpabilizan a los “sindicatos comprados”, desvirtuando los conflictos laborales, designando a un nuevo chivo expiatorio y eliminando la lucha de clases de la ecuación. El objetivo último es claro: confundir de enemigo para apuntalar la sociedad de clases.

Intervienen también en el ámbito laboral con una retórica fascista más clásica: con un discurso contra las élites y la globalización, y señalando a los trabajadores migrantes y más vulnerables. Todo esto desde una óptica ultranacionalista y obrerista. Buscan así blanquear a la burguesía, criminalizando a los trabajadores más vulnerables y cerrando filas siempre a través de un anticomunismo rabioso que busca precisamente neutralizar toda opción revolucionaria que organice a la clase obrera de manera independiente. Así lo escenificaron, por ejemplo, un Primero de Mayo en la presentación de otro sindicato fascista denominado “ALARM!”, en el que un hombre con el azul del AfD y un sombrero que recordaba a los de la SA nazi pintaba sobre el rojo del movimiento obrero. A fin de cuentas, cambia la época y el lobo muda el pelo, pero no el vicio.

La independencia política del movimiento obrero

El movimiento obrero, aunque de forma atomizada y no coordinada, también responde con propuestas y acciones concretas; ya que, si bien la lógica de la disciplina burguesa es inquebrantable, las medidas no lo son, y al final siempre se resuelven en la arena política de la lucha de clases.



En varios canales, entrevistas y asambleas insisten los obreros en que existen condiciones apropiadas para ir a la huelga: Volkswagen cierra un 2024 con beneficios millonarios gracias a la producción de las propias plantas que se quieren clausurar, y una huelga en el grupo automovilístico podría fácilmente expandirse a lo largo de toda la cadena de suministros debido a los lazos productivos. Quedaría por ver si la burguesía podría resistir el embate de un colapso de los beneficios y una paralización industrial masiva en el contexto de una crisis institucional.

Junto a la huelga, principal instrumento sindical, resuenan otras alternativas como las ocupaciones de fábricas y la implicación solidaria de la esfera social. Algunos recuerdan la experiencia de Ford Bochum en el 2004, que, con la amenaza de cierre inminente sobre la mesa, respondieron con paralizaciones y ocupaciones temporales de la fábrica, consiguiendo que la planta siguiera produciendo 10 años más. Unas acciones que lograron sentar un precedente gracias a la lucha que impulsaron y controlaron los propios trabajadores. Así lo exigen hoy también los empleados: “Lucha con IG Metall, pero toma el control de la lucha bajo tus propias manos antes de que se estanque.”

Aunque lo que sin duda más se escucha son las llamadas a la unidad organizativa y de acción entre los trabajadores de distintas empresas, a la unidad de clase. La burguesía busca mejorar las condiciones de salida de los empleados de VW para asegurarse la reducción de la producción en el medio y largo plazo, y esto deja completamente desamparados a los cientos de miles de trabajadores de las empresas aledañas, dividiendo y enfrentando a los obreros. Por eso, en multinacionales suministradoras como ZF o Thyssenkrupp se llama directamente a una huelga sectorial en contra de los planes de reestructuración de Volkswagen.

Este tiene que ser el punto táctico fundamental del proletariado industrial organizado ante este tipo de cierres en cascada; no dejarse engañar por los cantos de sirena de la burguesía con unas mejores condiciones de salida de los trabajadores más asentados. Si la burguesía actúa de forma unitaria y coordinada, la única manera de hacerle frente es precisamente consolidando la unidad de la clase obrera, por lo que el despliegue táctico de toda organización revolucionaria debe fundamentarse en la coordinación y agrupación de todos los trabajadores afectados directa e indirectamente, asegurando los intereses comunes en el corto y largo plazo. Consolidar esta unidad de clase permite ga-

nar posiciones para futuras luchas –que vendrán–, superar prácticas localistas, y desarrollar una percepción más amplia y estructural de los conflictos. En definitiva, establecer las bases para generar una conciencia de clase que trascienda lo puramente sindical.

Una conciencia que debe derivar en una política actualizada en dos cuestiones prioritarias para dar respuesta a los procesos de cierre actuales. Por una parte, la organización internacional de los trabajadores ante los cierres y deslocalizaciones. Ya han aparecido los primeros casos de organización obrera internacional en empresas como Amazon o Ryanair, coordinando huelgas más allá de las fronteras estatales para ganar eficacia en la ejecución de la huelga. Aunque sea una tarea difícil, resulta de máxima prioridad, ya que es la única manera de enfrentarse a la escala organizativa actual de la burguesía.

Por otra parte, hay que actualizar la respuesta obrera ante la escalada bélica. Una coyuntura que no nos es del todo ajena y que está haciendo que la producción militar coja cada vez más relevancia en el sector. Es necesario fortalecer la práctica internacionalista, agudizando la lucha obrera contra todo tipo de expresión bélica, inclusive en la industria y la logística. “También el terreno de la contrarrevolución es revolucionario”, dice Marx. Mecanismos de lucha no nos faltan, ya lo demostró el siglo pasado.

Todas estas políticas, que acaban por trascender lo meramente sindical, solo se pueden llevar a cabo satisfactoriamente a través del partido comunista de masas. Un partido que requiere de un programa crítico que esté a la altura de toda la realidad, que conecte con el proletariado y que vincule sus intereses inmediatos a una visión general unificadora que garantice la independencia de clase. En un contexto en el que la crisis sistémica resquebraja la fuerza vinculante de la política de colaboración de clases, la lucha obrera se abrirá camino, pero es necesario mediar organizativamente la iniciativa espontánea. Nuestra única alternativa es comprometernos de lleno, con el paso corto y la mirada larga, para actualizar el modelo del partido comunista también en el ámbito laboral. ●

BIBLIOGRAFÍA

Bosch Alessio, Constanza Daniela eta Gaido, Daniel (2012). *El marxismo y la burocracia sindical. La experiencia alemana (1898-1920).*

Publicación

FEBRERO 2025

EUSKAL HERRIA

Coordinación,

redacción

y diseño

GEDAR LANGILE

KAZETA

Web

GEDAR.EUS

Redes sociales

TWITTER E

INSTAGRAM

@ARTEKA_GEDAR

Contacto

HARREMANAK@

GEDAR.EUS

Suscripción

GEDAR.EUS/

HARPIDETZA

Edición

ZIRRINTA

KOMUNIKAZIO

ELKARTEA

AZPEITIA

Depósito Legal

D-00398-2021

ISSN

2792-453X

Licencia





arteka

